

EL COSMOS NO ES INFINITO

Glenn Parrish

CIENCIA FICCION


cb
LA CONQUISTA
DEL ESPACIO

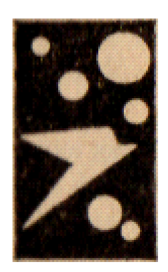
ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

535 – La trampa de los androides, *Ralph Barby*.
536 – Un cerebro de ida y vuelta, *Glenn Parrish*.
537 – Cerebros cautivos, *Curtis Garland*.
538 – Puerta a la galaxia, *Clark Carrados*.
539 – Guerra cíclica, *A. Thorkent*.

GLENN PARRISH

EL COSMOS NO ES INFINITO

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 540
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 30.698 - 1980

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: diciembre, 1980

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1980

CAPITULO PRIMERO

ORDEN PARTICULAR Y URGENTE
DE
PRIMER JERARCA MAXIMO
A
LOS AGENTES DESIGNADOS BAJO LAS
CIFRAS CLAVE SIGUIENTES:
A.B.70, T.X.44 y S.K.19

1. ° - La presente orden se refiere al cumplimiento de la misión designada bajo la clave T.S.W.40/12, cuya ejecución es de máxima prioridad, con la recomendación de discreción absoluta.

2. ° - La misión citada se realizará en el planeta designado bajo la clave E.I.L.85/31.

3. ° - Los agentes a que alude esta orden serán provistos adecuadamente de lo necesario para el cumplimiento de su misión, esto es, personalidades, identidades, uniformes y moneda en cantidad suficiente.

4. ° - Los agentes mencionados podrán mantener contacto entre sí por psicorradio, pero sólo en casos de extrema urgencia y necesidad, y en el momento final de la operación.

5. ° - Los agentes mencionados quedan nombrados y autorizados, además, para constituirse en tribunal y juzgar, y en su caso sancionar la conducta del agente Q.E.09, destacado en aquel planeta. La decisión que adopten sobre la conducta y actividades de dicho agente será aprobada por el Consejo Superior de la Jerarquía Máxima.

6. ° - Se hace saber a los agentes mencionados en la presente orden lo siguiente: a) Deben triunfar; la derrota queda excluida de antemano, y b) Terminada la operación regresarán para informar.

Por el Consejo Superior de la Jerarquía Máxima,
A.W.R1-D2,
PRIMER JERARCA MAXIMO

*

Era joven y de excelente aspecto.

La mujer se paró delante de él y, sonriendo, le pidió fuego.

—Con mucho gusto —dijo él, a la vez que sacaba un encendedor.

Ella exhaló el humo y le sonrió.

—Me llamo Marcia Fowler —dijo.

—Yo soy Pedro Smith —contestó él.

De pronto, Smith vaciló ligeramente.

Marcia le miró con interés.

—¿Qué le sucede? —preguntó.

—No sé, me he mareado ligeramente…

—A ver, permítame —rogó ella, sonriendo de una forma encantadora—. Aunque no lo crea, soy médico.

—¿Médico…, y fuma? —se extrañó él.

—Todo es malo cuando se hace con exageración —respondió Marcia, que aparentaba unos treinta años y, aunque no era muy guapa, poseía una silueta sumamente atractiva—. Déjeme… —le contempló un rato y luego dijo—: No creo que sea nada de importancia, pero, ¿le importaría acompañarme a mi consultorio? Está a dos manzanas de distancia… Creo que sé lo que tiene, aunque me gustaría confirmarlo. Por supuesto, nada grave, ni mucho menos; con un par de tabletas le dejaré como nuevo…

Smith se dejó convencer por la amable charla de la doctora y caminó a su lado.

Momentos después, Marcia abría la puerta de una casa de elegante aspecto, rodeada de un precioso jardín.

—Entre, Pedro —invitó.

Smith la siguió.

Marcia le indicó un diván.

—Siéntese un instante, por favor.

El hombre obedeció.

Lanzó un suspiro y se relajó en el mullido asiento.

Marcia desapareció en una habitación interior, no sin dirigirle antes una afectuosa sonrisa.

Transcurrieron unos minutos.

Marcia no aparecía.

Smith empezó a impacientarse.

Cortés, sin embargo, decidió esperar un poco más.

Pero al cabo de un rato, se sintió inquieto.

Consultó la esfera de su reloj de pulsera.

De pronto se dio cuenta de que habían transcurrido tres horas desde su encuentro con la atractiva doctora.

—¿Cómo puede ser? —se preguntó.

Debía de haber estado dormido.

Narcotizado quizá.

Levantándose, cruzó la sala y llamó a la mujer a gritos, pero no obtuvo la menor respuesta.

Decidiéndose, abrió una puerta.

Entonces, con enorme asombro, vio que no había nada al otro

lado, salvo el campo, que se extendía hasta el horizonte.

Smith empezó a pensar que había sido objeto de una encerrona.

En aquel instante recordó algo y se llevó las manos a los bolsillos.

Casi se echó a llorar al comprender que la apuesta doctora era una ladrona que le había despojado de todo su dinero.

*

El hombre señaló una carta y dijo:

—Ahí está.

—Aquí está, en efecto —exclamó Peggy Moran alegremente—. Caballero, le felicito a usted por su magnífica vista. La vista es más rápida que la mano y le ha hecho ganar a usted nada menos que quinientos neodólares. Aquí tiene su dinero, amigo; la casa de juego es pobre y está al aire libre, pero paga siempre sus pérdidas. Vamos, vamos, ¿no hay quien se anime a jugar y ganar unos cuantos billetes? Es lo más sencillo del mundo: se trata solamente de adivinar dónde estará la bolita, después de que yo haya agitado las cartas...

Sammy Grant se había detenido en aquel callejón, en el que una hermosa joven hacía un extraño juego con tres cartulinas, grabadas con ciertos símbolos.

En una de ellas había dos cuadraditos rojos; en la otra, algo parecido a una gran hoja de árbol, negra, y en la tercera se veía el dibujo doble de una mujer, ataviada de una forma singular.

Grant se dijo que no estaría de más probar su suerte en aquel bonito juego.

La jugadora sonreía.

Era una hermosa joven, de abundante cabellera dorada y cuerpo muy atractivo.

El jugador anterior se había embolsado bonitamente nada menos que cinco billetes de cien.

—¿Puedo jugar? —consultó.

Ella extendió una mano.

—Adelante, caballero; apueste lo que le venga en gana. Procure aguzar la vista; no es cierto lo que dicen que la mano es más rápida que la mirada. Ya ha visto al otro; tenía unos ojos de lince...

Peggy Moran sonreía para sí. «Este primo se ha caído con todo el equipo», pensó.

Grant puso diez billetes de a cien.

—¿Vale?

—Vale.

Peggy le dejó ganar un par de veces.

Luego ella ganó otra vez, pero perdió a la siguiente.

—Me va a arruinar, amigo —se quejó.

—Soy Sammy Grant. Llámeme Sammy —dijo él.

—De acuerdo, Sammy. ¿Cuánto apuesta esta vez?

—Todo —exclamó él.

—¿Todo? No sé si me quedará bastante…

Grant le dirigió una mirada incendiaria, a la vez que ponía sobre el cajón un impresionante fajo de billetes.

—Voy a ganar —dijo—. Usted no podrá cubrir la suma que apuesto, pero pagará de otra manera. ¿Comprende?

Peggy hizo aletear sus espesas pestañas.

—Me dan ganas de perder —contestó.

Y empezó a manejar las tres cartas: dos de diamantes, as de picas y dama de corazón. La bolita aparecía y desaparecía velozmente, con los movimientos de sin igual agilidad de los dedos de Peggy.

De pronto, Peggy suspendió el movimiento de las cartas y levantó una mano con ademán invitador.

—Adelante, Sammy. Si ganas tendrás mi dinero y me tendrás a mí.

Grant sonrió y señaló una carta con el índice.

Peggy la levantó de inmediato.

—Lo siento, encanto —dijo.

Grant abrió la boca estúpidamente.

Tenía la absoluta seguridad de haber localizado la bolita.

Su desconcierto era enorme.

Y Peggy se aprovechó de ello para embolsarse sin escrúpulos el fajo de billetes y escapar de allí, antes de que el aturdido perdedor tuviera ocasión de reaccionar.

*

—¡Vaya hembra! —dijo alguien, después de un fuerte silbido de admiración.

Mary Ross lo oyó y se detuvo en el acto.

Era una hermosa joven de poco más de veinte años, alta, de esbelta figura y pelo negro muy atractivo.

Miró al joven que estaba parado en la acera, sujetando la correa que iba al collar del perro, y sonrió.

El perro estaba sentado sobre sus cuartos traseros.

—Sí, es guapa de veras —dijo.

Mary respingó.

—Oiga, pero, ¿es que habla su perro? —exclamó.

—Hablo, canto, recito la Divina Comedia y resuelvo ecuaciones de tercer grado. Me llamo «Tim» —«dijo» el perro.

—Es fantástico. No sabía que aquí hablasen los animales…

—Sólo ciertos animales, señorita —intervino el hombre—. Perdón, «Tim» no está bien educado del todo y debiera habernos presentado.

—Dispensa, hombre —dijo el can—. Hermosa, él es Chuck Enderby. ¿Cómo te llamas tú?

—Mary Ross. Encantada, «Tim». Celebro conocerle, Chuck.

—El gusto y el honor son nuestros —contestó el perro—. ¿Forastera?

—Pues..., sí. Estaré aquí unos días...

—¿Buscas novio, encanto? Lástima que yo sea un can; de lo contrario ibas a saber lo que es bueno, muñeca.

Mary se echó a reír.

—Eres encantador, «Tim» —dijo—. Oiga, Chuck, ¿cómo lo ha conseguido?

—Verá, esto lo hizo un buen amigo, el mejor biólogo del mundo. No me diga cómo, pero lo hizo —respondió Enderby—. Se lo pedí yo, ¿comprende? Pero lo malo es que...

—¿Qué le sucede, Chuck?

—Tengo que ausentarme durante una larga temporada, quizá años enteros. Por eso estoy buscando a alguien que quiera cuidar de «Tim». Lo vendería barato, créame.

—Chuck me ha buscado ya algunos posibles amos, pero ninguno me gustaba. Tú eres distinta a todos, Mary. ¿Por qué no me compras?

Ella vaciló un instante.

—¿Cuánto pide, Chuck?

Enderby se rascó la cabeza con fingida perplejidad.

—Pues...

Impulsivamente, Mary abrió su bolso y sacó un grueso fajo de billetes.

—¿Hay suficiente?

—Claro —contestó él. Se inclinó un poco y acarició la cabeza del can—. «Tim», pórtate bien con tu ama.

—Me siento contentísimo —declaró el perro—. Voy a ser muy feliz a tu lado, Mary.

—Te creo —respondió ella.

Enderby le entregó la correa.

—Dispense; Mary, pero mi avión-cohete despega dentro de media hora y he de presentarme mañana sin falta a mi nuevo empleo. Allí no admiten perros, ¿sabe?; por eso he tenido que vender a «Tim»...

Mary y el perro quedaron solos.

Ella sonrió.

—«Tim», estoy un poco desorientada. ¿Sabes dónde cae la Avenida de la Luna?

El perro guardó silencio.

—«Tim», te he hecho una pregunta —dijo ella, impaciente.

No hubo respuesta.

Tras unos segundos de indecisión, Mary se acuclilló, pasó una

mano por la cabeza del perro y sonrió.

—Vamos, vamos, no seas tímido. Habla sin miedo. Soy tu nueva ama, ¿sabes?

Entonces, «Tim» abrió la boca y emitió un sonido propio de su canina condición:

—¡Guau!

Mary oyó el ladrido, empezó a sospechar lo ocurrido y se puso pálida.

CAPITULO II

El agente S.K.19 decidió usar la psicorradio:

—S.K.19 llama a Z.B.70 y a T.X.44. Contestadme alguno de los dos. Es urgentísimo, por favor.

La respuesta llegó instantes más tarde, por la misma vía:

—Soy T.X.44. ¿Qué te sucede, S.K.19?

—Me he quedado sin dinero terrestre. Necesito que me prestes un par de miles...

—Lo siento, yo también estoy sin blanca, como dicen aquí.

—Oh, no, eso no es posible...

—Como lo oyes. Tengo los bolsillos absolutamente vacíos.

—Entonces..., tendremos que recurrir a Z.B.70.

—Lo siento —sonó de pronto la voz del aludido—. A mí también me ha pasado algo parecido. He perdido todo el dinero que tenía.

—Espantoso.

—Horrible.

—Una situación crítica, en efecto. Sin dinero no podremos hacer nada. ¿Se os ocurre alguna idea?

—Reunión —dijo S.K.70.

—De acuerdo —aceptaron los otros dos—. ¿Dónde?

—¿Os parece bien el sector 3F-7U?

—Conforme.

—No hay objeción. ¿Cuándo?

—¿Dentro de una hora?

—Dentro de una hora —respondieron Z.B.70 y T.X.44 a dúo.

*

Chuck Enderby llegó a las inmediaciones de la casa y se detuvo un momento ante el enorme cartel que había pegado a un par de pasos de la puerta.

En el cartel aparecía el rostro de un sujeto de unos cuarenta y cinco años, delgado, de pelo intensamente negro y sonrisa fingidamente amable.

Enderby contempló el retrato durante unos instantes y luego se dispuso a escupirle.

—Pero ¿cómo diablos ha podido llegar este bandido a Presidente mundial? —se dijo.

Debajo del retrato aparecía una leyenda: EBERHARD ZILLIANI, tu Presidente, tu servidor, el servidor de todos los terrestres.

—El mayor canalla conocido —rezongó Enderby.

Pero rectificó su primera intención y, en lugar de escupir, sacó un lápiz, con el que se dedicó a una artística tarea.

Instantes después, se retiraba un par de pasos para contemplar el resultado de su obra.

A Zilliani le habían crecido un par de cuernos, retorcidos en espiral, bigote de guías puntiagudas y perilla.

Debajo, la frase propagandística había sido sustituida por otra: El primer vampiro de todos los vampiros que vampirizan a los terrestres: SATANAS ZILLIANI.

Luego guardó el lápiz y, silbando alegremente, entró en la casa.

—Hola, preciosas —gritó—. Traigo buenas noticias.

Peggy salió a su encuentro, enseñándole el fajo de billetes.

—Cayó un primo —dijo, riendo estruendosamente.

Marcia sacó otro fajo semejante.

—Tengo un aire de doctora que tumba de espaldas y deja sin conocimiento a la gente —exclamó.

—Ahora me toca a mí —dijo Enderby, no menos satisfecho que las dos mujeres. Y enseñó su fajo de billetes.

—¿Cómo lo has conseguido esta vez, Chuck? —preguntó Peggy.

—Usé el truco del perro sabio. Ella cayó como una estúpida.

—Ah, era una mujer —dijo Marcia.

—Muy guapa, pero tonta de remate.

—Es que se necesita ser imbécil para picar con el truco del perro sabio —rió Peggy—. ¿Te costó encontrarlo, Chuck?

—Oh, no, y el caso es que en esta ocasión me dolió muchísimo separarme de él. Pero, claro, ante la perspectiva de cincuenta mil...

—¿Has dicho cincuenta mil? —exclamó Marcia.

—Sí, eso es lo que he dicho, «doctora».

—Es curioso. Yo también le «birlé» cincuenta mil a mi «paciente».

—Y yo gané otro tanto con las tres cartas —intervino Peggy.

Enderby frunció el ceño.

—Resulta un poco inquietante —murmuró—. «Desplumamos» a tres «primos», en tres lugares diferentes, y cada uno de nosotros conseguimos la misma cantidad. —De pronto exclamó—: A ver, dejadme vuestros billetes...

Enderby se sentó ante una mesa y empezó a revisar los billetes. Todos eran de cien con y la numeración correlativa.

—Aquí hay algo muy raro —dijo—. Las tres cifras finales del fajo de billetes de Marcia van del 001 al 500. Después, sigue mi fajo, del 501 al 1000. Y sigue Peggy, del 1001 al 1500. ¿No se os antoja sospechoso todo este asunto?

—Oye, ¿serán falsos? —exclamó Marcia, sintiéndose repentinamente aprensiva.

Enderby examinó uno de los billetes al trasluz.

—A mí me parecen legítimos —contestó.

—Podríais ir a ver a Jerry Lamm —sugirió Peggy—. Conoce los billetes mejor que el Ministro Mundial de Finanzas.

—Sí, iré luego, porque no me gustaría verme mezclado en un asunto de falsificación...

De repente llamaron a la puerta.

Enderby y las dos mujeres se miraron mutuamente.

—¿Esperáis a alguien? —preguntó él.

Marcia y Peggy movieron la cabeza simultáneamente.

—No —respondieron al unísono.

Enderby empujó los fajos de billetes.

—Esconded el dinero, rápido.

La orden fue rápidamente acatada. Enderby se levantó y abrió la puerta.

—Hombre, pero si es el capitán Troilo —exclamó, simulando una jovialidad que estaba muy lejos de sentir.

El recién llegado miró suspicazmente al interior de la estancia. Peggy y Marcia le sonreían, a ambos lados de una botella mediada.

Detrás del oficial había dos hombres. Enderby conocía a uno de ellos, el sargento Flagstaff, un tipo duro y mal encarado, del que se decían muchas cosas y ninguna buena.

Después del saludo de Enderby, se produjo un tenso silencio.

*

Troilo habló por fin:

—Chuck, si supiera que eres tú el que ha pintado el cartel que hay en la puerta de esta casa, te iba a costar muy caro.

—Ya estaba pintado cuando llegué, capitán. Y, aunque me cueste caro —le remedó—, me he divertido enormemente.

—Si me lo supongo. El presidente Zilliani no fue nunca santo de su devoción. Tú hiciste campaña en favor de Fred Ogden.

—Es un hombre honesto, cosa que no se puede decir de Zilliani. Además, uno apoya al candidato de su preferencia. ¿O no estamos en un planeta libre?

—Dejemos esto, Chuck. Si estoy aquí es por un motivo muy diferente.

—No somos ladrones...

—Ja, ja —dijo Troilo, muy serio—. Chuck, tengo noticias de que hay una conspiración contra el presidente. Hay un trío que dirige los hilos de la conjura, dos hombres y una mujer. Sargento Flagstaff, enseñe las fotografías de los sospechosos a estas personas.

—Sí, señor.

Flagstaff adelantó dos pasos y puso las fotografías encima de la

mesa. Enderby tuvo que contenerse para no lanzar un grito de sorpresa al reconocer a la dueña de «Tim».

—No los he visto nunca. —Y, en dos tercios de su respuesta, era sincero.

—¿Vosotras? —preguntó Troilo.

Peggy y Marcia negaron igualmente. Eran mujeres experimentadas y lograron contener también su instintiva reacción al reconocer a sus víctimas.

—No, nunca los hemos visto —dijo Marcia.

—Este es muy guapo, pero no lo he visto en los días de mi vida —declaró Peggy.

—Está bien. Os dejo las fotografías —dijo Troilo—. Tenéis relaciones en abundancia. Alguno de vuestros amigos habrá visto seguramente a los conspiradores. Enderby, hay una recompensa de cien mil «pavos». Llámame en cuanto sepas algo…, y procura darte prisa, ¿entendido?

—Lo haré —contestó el aludido con rostro impasible.

—En mi videófono, habrá siempre alguien dispuesto a recibir tu llamada. Vámonos, sargento.

—Bien, señor.

Los policías se marcharon. En la calle, Troilo se volvió hacia Flagstaff.

—Sargento, no me fío en absoluto de ese trío. Son timadores y ladrones, pero también intervienen en otros asuntos si ven que pueden conseguir dinero. Deje un hombre para que los vigile.

—Sí, capitán.

Dentro de la casa, Enderby se había servido una copa. Después de vaciar su contenido, miró a las dos mujeres.

—Ella es la que compró el perro —señaló a la fotografía en que aparecía Mary.

—Eso explica los billetes numerados correlativamente —dijo Marcia—. El rubio es el que se creyó el cuento de que estaba enfermo.

—Y a este del pelo rizado le saqué el dinero con las tres cartas —añadió Peggy.

—Es la casualidad más grande que he conocido en mi vida —dijo Enderby—. Tres conjurados contra Zilliani…, y tienen que tropezarse con nosotros. Lo cuentas por ahí y nadie se le cree.

—Troilo sí cree algo —contestó Marcia—. Por eso quiere que se los encontremos.

—Y que se los sirvamos en bandeja —añadió Peggy.

—¡Vaya unos conspiradores! —bufó Enderby—. Además de dejarse timar, llevan el dinero con numeración correlativa, lo que deja una pista tan fácil de seguir como las pisadas de un carbonero en la nieve.

—Chuck, ¿piensas hacer de confidente para Troilo? —preguntó Peggy.

Enderby vaciló un instante.

Luego dijo:

—Intervine para la campaña a favor de Ogden, porque me lo pidió un amigo. A decir verdad, la política no me ha gustado nunca, aunque sé que, de los dos, Ogden es bastante más decente que Zilliani. Pero no me gustaría entrar en un asunto en el que puedes dejarte el pellejo.

—Eso sí es cierto —convino Marcia—. De todos modos, si pudiéramos hacerlo sin riesgos, me gustaría ayudar al rubio.

—Digo lo mismo de Sammy —murmuró Peggy.

Enderby contempló el retrato de Mary Ros.

—Es tan bonita —suspiró—. Bueno, de acuerdo; haremos algo…, pero debemos de empezar por localizarlos.

Marcia extendió las manos.

—Yo llevé a Pedro a la ciudad falsa, esa que se utilizaba hace años para filmaciones. Pero después salí corriendo y…

Enderby chasqueó los dedos repentinamente.

—Esperad —dijo—. Ella, Mary, mencionó la Avenida de la Luna. Estaba buscándola…, y en esa avenida hay varios hoteles. Quizá se hospeda en alguno de ellos.

—Hay más hoteles en la ciudad —dijo Marcia.

—Podríamos separarnos y buscar cada uno por su lado. Luego, dentro de le veinticuatro horas por ejemplo, nos reuniríamos…

—En uno de los reservados de la taberna de Mike Bravo —sugirió Enderby.

—Muy bien. Entonces, manos a la obra —exclamó Peggy.

Enderby levantó una mano.

—Calma —dijo—. Calma, chicas. Conozco un poco a Troilo y no me fío de él en absoluto. Esperad, por favor.

Caminó hacia una de las ventanas y miró hacia afuera con grandes precauciones. Al otro lado, no lejos de un farol, había un guardia en una actitud fácil de adivinar.

—Vigilan la casa —dijo.

—Entonces no podemos salir…

—Sí, podremos salir —sonrió Enderby.

Retrocedió, buscó la puerta trasera y, después de comprobar que no había nadie al otro lado, salió fuera. Con gran cautela, dio un enorme rodeo, hasta situarse a espaldas del centinela, sin que éste se diera cuenta.

El guardia llevaba un diminuto transmisor pendiente de la hombrera izquierda de su uniforme. De pronto, oyó un leve tañido.

Volvió la cabeza un poco.

—Agente Elmy, señor —dijo.

—Habla el capitán Troilo. Agente Elmy, suspenda la vigilancia del objetivo. Retírese a su alojamiento.

—Bien, señor.

El guardia echó a andar. Enderby le contempló con la sonrisa en los labios. Al cabo de unos momentos, hizo una señal con la mano.

Marcia y Peggy salieron corriendo de la casa.

—Recordad, dentro de veinticuatro horas, en la taberna de Mike —dijo él.

—Conforme.

—Allí estaré, Chuck.

—Ah, el dinero estará bien escondido, supongo —dijo Enderby.

—No lo encontrarán, a menos que demolieran la casa —sonrió Marcia.

—Por ahora, lo dejaremos donde está. Alguien sacó del banco ciento cincuenta mil dólares y no se le ocurrió otra cosa que aceptar mil quinientos billetes de a cien y todos con numeración correlativa. ¡Y ésos son los que van a conspirar para derrocar al presidente Zilliani! —exclamó el joven, a la vez que levantaba los ojos al cielo.

—Si piensan conseguir que sea Ogden el presidente… ¡que Dios salve a Ogden! —exclamó Peggy dramáticamente.

—Y a nosotros —añadió Marcia.

Enderby sonrió.

—Vamos, chicas, ya no podemos perder más tiempo. ¡En marcha!

El trío se dispersó. Enderby se dirigió inmediatamente a la Avenida de la Luna. De pronto, había sentido una viva simpatía por la ingenua muchacha que le había comprado un perro sabio. En lo que de él podía depender, trataría de evitar que el capitán Troilo hiciese el menor daño a Mary Ross.

CAPITULO III

En pie, con las manos apoyadas en la mesa, Mary Ross, agente S.K.19, miró sucesivamente a los dos hombres que tenía frente a sí, y dijo.

—Acabamos de llegar a la Tierra y ya hemos tenido nuestro primer fracaso. Hemos actuado con absoluta ingenuidad y conviene que hagamos autocrítica de nuestras acciones, a fin de encontrar el mejor camino para ejecutar la misión que nos fue confiada. ¿Alguna sugerencia al respecto?

Pedro Smith, agente Z.B.70 se aclaró la garganta.

—Admito mi culpa, aunque diré en mi descargo que no se me ocurrió que la mujer pelirroja no fuera médico, tal como ella proclamaba. ¡Caramba!, uno se encuentra con un médico en otro planeta, le dicen que no se encuentra bien, y se lo cree, porque ha sufrido un ligero vahído; le dicen que le curará..., y, ¿qué puede hacer? La pelirroja, Marcia Fowler, dijo llamarse, debió de darme un narcótico...

—Eso no tiene demasiada justificación, aunque puede aceptarse, por lo menos entre nosotros —dijo Mary—. ¿Sammy?

Sammy Grant, agente T.X.44, desvió la cabeza.

—Creo que me deslumbró la posibilidad de ganar dinero fácilmente. ¡Demonios!, no sabemos si nos dieron el suficiente... ¿Qué pasaría si agotásemos los fondos que nos dieron? Eso es lo que pensé y por dicha razón aposté, perdí...

Mary sonrió.

—La verdad es que somos unos tontos de marca. —Se sentó en una silla y alargó la mano para acariciar la cabeza del can, sentado a su lado—. A nadie se le ocurriría creer que en la Tierra los perros hablan y son inteligentes. Salvo a mí, claro.

—Yo diría que nos encontramos con tres timadores —apuntó Grant.

—Sí, seguro —concordó Smith.

—De eso ya no cabe la menor duda. ¿Qué solución se os ocurre?

—No tenemos más remedio que ir a ver a Q.E.09 y contarle nuestras desdichas. El nos suministrará más dinero para poder proseguir la misión que nos encomendó... en lugar de juzgarle, como nos ordenaron.

Mary consideró la sugerencia de Smith y denegó con la cabeza.

—Hay algo mejor —dijo—. Tenemos que encontrar a los timadores y obligarles a que devuelvan el dinero.

—Sí, pero, ¿cómo? —preguntó Grant.

Mary se tocó el bolso que pendía de su hombro izquierdo.

—Registré el diálogo —dijo—. La grabadora captó también el electroencefalograma de Enderby. Conectaré el rastreador de ondas cerebrales y conseguiré localizarlo. Entonces le obligaremos a que nos diga dónde están las otras dos estafadoras.

—Si las conoce... —objetó Smith.

—Yo diría que sí —contestó la chica.

—¿Y después?—preguntó Grant.

—Después iniciaremos la primera fase de la operación que debemos realizar aquí —exclamó Mary con voz firme.

*

La puerta saltó estruendosamente, después de que el sargento Flagstaff hubiese aplicado la tremenda potencia de su bota derecha. El hombre que dormía en el camastro se levantó de un salto, tremendamente asombrado por el ruido.

—Eh, ¿qué pasa...? ¿Qué hace usted aquí? —exclamó.

Flagstaff sonrió perversamente.

—Lenny, estoy buscando a un tipo —dijo—.Tú sabes dónde está y quiero que me lo digas ahora mismo, ¿me has oído?

Lenny Grow se lamió los labios, súbitamente resecos. Conocía bien al sargento Flagstaff. Antiguamente había estado en la División de Robos. Ahora, no había en virtud de qué méritos, pertenecía a la rama de Investigaciones Especiales, una definición que ocultaba el verdadero nombre de Policía Política. I. E. había sido creado por el presidente Zilliani y, a cada día que transcurría, el poder de los hombres que operaban en aquella división crecía y crecía de forma opresiva y agobiante.

—Bueno, sí..., sí lo sé... —dijo, vacilante.

—Lo sabes, Lenny, tú sabes muchas cosas —rió Flagstaff.

—¡Pero todavía no me ha dicho el nombre! —estalló el soplón.

—Chuck Enderby.

—¿El «Hombre de las Mil Voces»?

—Sí, el mismo.

—Se mudó hace poco. No sé dónde vive ahora.

—Lenny, no me hagas perder la paciencia...

Flagstaff se sentía especialmente furioso. El guardia designado había abandonado la vigilancia, alegando que había recibido una llamada del propio capitán Troilo. Tanto él como Troilo se habían imaginado fácilmente lo sucedido.

Lenny Grow era un sujeto que conocía a media ciudad. Flagstaff no quería recurrir a otros procedimientos. El asunto debía ser llevado con la máxima reserva. Había distintos canales, pero aquél era el más

apropiado a la situación.

—Le juro que no lo sé, sargento —insistió Grow.

De pronto, Flagstaff echó las manos al cuello del confidente. Grow era hombre delgado, de escasa envergadura. Flagstaff medía un metro noventa y cinco y pesaba ciento diez kilos.

—Dímelo o…

Los ojos de Grow se desorbitaron. Repentinamente oyó un seco chasquido y la cabeza del sujeto se dobló flácidamente a un lado.

Flagstaff abrió las manos y Grow cayó al suelo como un montón de ropa sucia.

—Diablos, le he roto el cuello —gruñó.

Estuvo desconcertado un instante. Luego, encogiéndose de hombros, dio media vuelta y salió del apartamento.

—Un granuja menos —fue la frase que dedicó como despedida al confidente.

*

Peggy tenía el pie sobre una silla y parecía muy ocupada en la tarea de examinar el tejido de la media que cubría aquella pierna hasta cinco centímetros por encima de la rodilla. El resto de su indumentaria consistía en unos pantalones cortos, blusa sin mangas y una gorrilla de visera a cuadros.

Sentada en una silla, con un cigarrillo en los labios, Marcia hacía un solitario. Marcia usaba un traje de una sola pieza, relativamente holgado, pero que no era suficiente para ocultar la opulencia de sus formas. Había una botella y tres vasos, pero ninguna de las mujeres había probado aún el licor.

La puerta se abrió en aquel momento. Enderby sonrió al ver el panorama.

—¿Encuentras la pulga, Peggy?

Peggy le miró oblicuamente.

—Desde que Zilliani subió al poder, la calidad de las medias ha descendido tanto como ha aumentado la propaganda que nos machaca a cada momento con sus virtudes —contestó sarcásticamente.

—En eso tienes razón —convino el recién llegado—. ¿Habéis averiguado algo?

—No, en absoluto —respondió Marcia.

—Se los ha tragado la tierra —dijo Peggy.

—Yo tampoco he conseguido nada.

Enderby se acercó a la mesa, destapó la botella y se sirvió dos dedos.

—Puede que cometieran el error de andar por ahí con un dinero

fácilmente localizable, pero, al menos, han sabido esconderse —dijo.

Vació el vaso y miró sucesivamente a las dos mujeres.

—Tendremos que poner en juego nuestras amistades —sugirió.

—No me gustaría —objetó Marcia

—Demasiada gente es demasiada publicidad —dijo Peggy.

—Yo había pensado en Lenny, pero no podrá ser —manifestó Enderby.

—¿Por qué, Chuck? —preguntaron las dos al misma tiempo.

—Está muerto.

Peggy puso el pie en el suelo.

—No bromees, tú.

—Hablo en serio. Alguien le ha roto el cuello. Me lo ha dicho Mike apenas llegué.

—A nosotros no nos dijo nada —alegó Marcia

—Lo había sabido apenas un minuto antes de mi llegada —dijo Enderby. Bajó la voz—. Se sospecha de Flagstaff, Marcia respingó.

—¿Flagstaff? —repitió.

—Está buscándonos como locos. Tiene que sentirse furioso por el truco que usé con el vigilante —declaró el joven.

Peggy meneó la cabeza.

—Acabará con dar con nosotros —vaticinó lúgubremente.

—Se me ocurre una idea —exclamó Marcia—. Vamos a perder cada uno veinticinco mil neodólares. Flagstaff es muy sensible al dinero. Sesenta y cinco mil «machacantes» le llegarían al alma, seguro.

—Sí, y en cuanto se embolsase la «pasta», daría media vuelta y correría a darle el «soplo» a Troilo Enderby.

—Eso se soluciona fácilmente con una cámara de video y sonido oculta en el lugar adecuado —apuntó Marcia.

Enderby meditó un instante sobre la proposición, merecía la pena intentarlo...

En aquel momento llamaron a la puerta. .

Alguien abrió. Una voz dijo:

—Ah, están aquí. ¡Quietos granujas!

CAPITULO IV

Las indicaciones del detector de encefalogramas eran infalibles.

Ajena a la expectación que despertaba, Mary Ross cruzó la taberna, llevando al perro de la correa, subió al primer piso, llegó ante una puerta y golpeó fuertemente con la mano izquierda.

Abrió inmediatamente.

—Ah, aquí están. ¡Quietos, granujas!

Mary sonrió. «Te vas a llevar una buena sorpresa», pensó.

Enderby se puso en pie de un salto.

Detrás de él se produjo un repentino estrépito, pero no le prestó demasiada atención.

Con ojos desorbitados por el asombro, contemplaba fijamente a la muchacha y al perro, que meneaba alegremente la cola.

—Te lo dije y no me equivoqué; aquí lo encontraríamos —habló «Tim».

—Sí, tenías razón —contestó ella—. Hola, Chuck.

Enderby tragó saliva.

—Mary, deja que te explique...

—Devuélvele la «pasta», bribón —pidió el perro.

—También tú conoces la ventriloquia, ¿eh? —dijo Enderby, con una sonrisita de circunstancias.

—¿Qué es eso? —preguntó Mary.

—Hablar con el diafragma, como hace él —explicó «Tim»—. Es que no sabe que ahora yo hablo como las personas, ¿comprendes?

—Oh, sí, ya lo entiendo.

Mary entró y cerró a sus espaldas.

—Bueno, ya has oído a «Tim». Devuélveme el dinero.

—Pero yo no quiero quedarme con él —alegó el perro.

Enderby se quedó quieto unos instantes.

De pronto, avanzó hacia la joven y, agarrándola con una mano por el cuello, le tapó la boca con la otra.

—A ver si ahora eres capaz de repetir el truco —gruñó.

—Chuck, si no la sueltas te morderé en la pantorrilla —amenazó «Tim».

Hubo un momento de silencio.

Luego Enderby soltó a la muchacha, buscó una silla y se sentó desmadejadamente.

Agarró la botella y bebió un par de tragos directamente del gollete.

—Mary, dame una buena patada para saber que estoy despierto —solicitó a media voz.

«Tim» le arreó un mordisco en la pantorrilla.

Enderby se puso en pie de un salto.

—¡Quieto, chucho!

—¿Por qué no quieres creer que hablo verdaderamente y no cuando me tenías tú y lo fingías para engañar a los «primos»?

Enderby miró un instante al perro y luego a la muchacha.

—No sé cómo lo has conseguido, pero...

—El dinero —exigió ella, inflexible.

—No lo tengo aquí, lo siento.

—Entonces iré a la policía.

—¡No! ¡La policía no!

—Es lo que se hace cuando se sufre el despojo de algo que nos pertenece, ¿no?

—En tu caso, no. La policía te busca desesperadamente, Mary.

Ella abrió los ojos.

—¿Qué estás diciendo?

—Escucha, si no me crees, ellas...

—Ellas se han marchado, Chuck.

Enderby volvió la cabeza y lanzó una maldición.

—Me han abandonado cobardemente —se lamentó después.

—No te preocupes —sonrió Mary—. Pero, si mal no recuerdo, habías dicho que la policía anda buscándonos.

Enderby sacó una de las fotografías.

—Mira —dijo—. Me la entregó el hombre que dirige vuestra búsqueda. Parece que hay un lío político de por medio y yo detesto la política, ¿comprendes?

Mary guardó silencio durante unos instantes.

—Las cosas no se desarrollan como planearon —dijo al cabo—. Te agradecería que me contases lo que sepas al respecto.

—Con mucho gusto.

Cuando Enderby terminó de hablar, Mary dijo:

—No tendremos más remedio que ponernos en contacto con... Bueno, eso no importa ahora. Lo que interesa es reunirnos con mis compañeros.

—Oye, has hablado en plural y yo no...

—Si ella lo manda, la acompañarás —dijo «Tim».

Enderby dirigió al can una mirada de indignación.

—Eso no te importa en absoluto —contestó. De pronto, se puso una mano en la frente—. ¡Dios mío, estoy hablando realmente con un perro! —exclamó lleno de aflicción.

Mary sonreía de una forma especial.

—Bien, vendrás conmigo, ¿no?

—Sí, y te devolveré el dinero y...

Bruscamente sonaron voces en el corredor.

Alguien exclamó:

—¡Aquí es, capitán!

*

El primer impulso de Enderby fue echar a correr hacia la ventana que aún estaba abierta, pero Mary le retuvo por un brazo.

—Hazle frente y no temas —susurró—. Yo te cubriré.

El joven asintió. La puerta se abrió entonces y la maciza silueta de Troilo apareció ante sus ojos.

—Veo que mis informadores no me han engañado —dijo el oficial con aire satisfecho—. Chuck...

Enderby le interrumpió rápidamente.

—Capitán, quiero hablar con usted, pero a solas —dijo—. Lo que sé es demasiado importante para que otros lo escuchen. Al menos hasta que usted sepa de qué se trata; si luego quiere divulgarlo...

Troilo pareció sentirse receloso unos instantes.

Luego se volvió hacia los hombres que le acompañaban.

—Aguarden aquí —ordenó.

Cruzó el umbral y Enderby cerró la puerta.

Entonces fue cuando Mary le apuntó con algo que parecía una pluma.

Troilo se quedó rígido en el acto, convertido en una estatua.

Mary hizo una señal con la mano.

—Vamos, no perdamos más tiempo —dijo en voz baja.

Y corrió hacia la ventana, seguida por el perro.

—¿Qué le has dado? —preguntó él, cuando ya se disponían a saltar fuera del edificio.

—Una descarga paralizante. Estará así durante veinte o treinta minutos. No temas, no deja secuelas —explicó la joven.

—Oh, maravilloso —comentó él simplemente.

Saltaron fuera, Mary con el perro en brazos.

Luego ella echó a andar resueltamente.

—Perdona —dijo Enderby—. Si no te importa, me gustaría saber adónde nos dirigimos.

—Hemos de reunirnos con nuestros respectivos compañeros —respondió ella.

—¿Qué? —gritó el joven.

Mary sonrió maliciosamente.

—Mis compañeros aguardaban a tus compañeras.

—Y las han secuestrado —resopló él.

—Bueno, digamos que las han conducido a un sitio en donde podrán dar explicaciones acerca de la forma en que consiguieron sacarles a cada uno de ellos nada menos que cincuenta mil

neodólares.

—Y tú, ¿no tienes que explicar nada respecto a la posesión de semejante suma de dinero?

—A ti no, desde luego.

—Será falsificado.

—Para tu tranquilidad, te diré que fue extraído legalmente de un banco.

—Pues si pensabais hacer algo, digamos indiscreto, la numeración correlativa puede resultar comprometedor para vosotros.

—Ya veremos —respondió ella sin alterarse—. Oye, deberíamos tomar una cinta transportadora en dirección Sur.

—Tú mandas —se resignó Enderby.

Atravesaron un par de calles y salieron a una enorme avenida, en la que se veía una gigantesca pantalla de televisión, en la cual se proyectaba una escena en aquellos momentos.

El locutor explicaba el significado de la escena:

—Este es el memorable instante en que el Presidente de la Tierra, Zilliani, estrecha la mano del embajador Okhar Vood, de Krootx. El embajador Vood ha llegado con plenos poderes para la firma de un tratado de amistad y cooperación mutuas...

— ¡Krootx! —repitió Mary.

Enderby, extrañado, se volvió hacia ella.

—¿Qué sucede?—preguntó.

—Nada —contestó la joven—. Anda, vamos a la cinta transportadora.

«Tim» les seguía dócilmente.

Minutos después ponían los pies en una cinta que se movía incansablemente hacia el Sur, elevándose o descendiendo en los puntos de cruce, según los casos.

La cinta tenía diferentes secciones, de distintas velocidades, y Mary maniobró para situarse en la de treinta kilómetros a la hora.

Veinte minutos más tarde, y siempre seguida por Enderby, empezó a pasar a cintas de inferior velocidad, hasta alcanzar el suelo inmóvil.

Delante de ellos había una enorme pantalla de televisión en la que aparecía el sonriente rostro de Zilliani.

—Nuestro gran presidente, el benefactor de la humanidad terrestre. Honrado sea siempre su nombre y elogiadas y recordadas eternamente sus obras. ¡Amemos a Zilliani! Debemos hacerlo, para corresponder a los desvelos hacia nosotros. ¡Amemos, amemos siempre al gran Zilliani!

Enderby blandió el puño.

—¡El gran forajido! —clamó.

—Parece que no le queréis, ¿eh? —observó Mary, mirándole de reojo.

—No me explico cómo pudo ganar las elecciones ese granuja —respondió Enderby.

*

Después de la primera entrevista oficial, Zilliani y el embajador de Krootx se retiraron a un saloncito privado.

—Excelencia —dijo el embajador—, en Krootx están bastante satisfechos de la marcha de los acontecimientos, pero también creen que se podrían no sólo mejorar, sino acelerar un poco su desarrollo.

—Lo siento, embajador —contestó Zilliani—. Hemos hecho todo lo que nos ha sido posible...

—No es demasiado, excelencia —cortó Vood fríamente—. Hay que hacer más, y usted me entiende de sobras lo que quiero decirle.

—Señor embajador, temo que olvida el planeta en que nos encontramos y la gente que lo habita. Gran parte, en efecto, votaron por mí y están satisfechos de mi tarea. Pero aún quedan muchos grupos irreductibles y, como comprenderá, no puedo ordenar que los vayan matando a todos —Hay una forma mucho mejor y menos comprometedora de eliminar a esos rebeldes.

Vood metió una mano entre los costosos ropajes de su uniforme de embajador y sacó algo que puso en la de Zilliani.

—A partir de ahora cada vez que aparezca en la televisión, o cuando vayan a grabar imágenes para proyecciones de propaganda y acondicionamiento, se colocará estas lentillas ante la retina. ¿Entendido?

—Sí, señor —contestó Zilliani mansamente.

—En menos de cuatro semanas, los rebeldes serán sus más rendidos admiradores —aseguró Vood—. Y, a propósito, ¿recibió nuestro mensaje sobre la llegada de unos agentes provocadores procedentes de Lhaxold?

—Sí, en efecto, y mi policía los está buscando bajo la acusación de conspirar con el candidato vencido en las elecciones para derrocar a mi gobierno; pero hasta ahora no hemos obtenido el menor resultado. Sin embargo, les seguimos la pista de cerca...

Vood emitió una ligera sonrisa de superioridad.

—Haga pasar a su jefe de Protección Personal —dijo.

Zilliani se inclinó hacia un interfono.

—Coronel Botterby, tenga la bondad de pasar —ordenó.

—Al momento, señor.

Botterby penetró en la estancia y se inmovilizó en posición de firmes.

—Coronel, el embajador tiene algo que decirle —manifestó Zilliani.

Los ropajes de Vood, enormes, flotantes, parecían contener una cantidad inimaginable de bolsillos.

Sonriendo, Vood extrajo una tarjeta metalizada, de color rosado, y se la entregó a Botterby.

—Coronel, cuando salga de aquí vaya a la fábrica General de Instrumentos T.K. Entregue la tarjeta y, a cambio, le darán un equipo nuevo, con las instrucciones para su manejo, mediante el cual podrá detectar los pensamientos, pero aprenderá a manejar el detector y a identificar de forma precisa la persona deseada. ¿Lo ha entendido?

—Sí, señor —contestó Botterby.

—El detector señala también, con precisión de diez metros en más o en menos, el punto donde está la persona a la que se desea detener —añadió Vood—. Eso es todo, coronel.

Botterby saludó y salió.

Vood se volvió sonriente hacia Zilliani.

—En cuatro semanas estará todo solucionado —aseguró—. Y ahora, excelencia, ¿qué tal si nos tomamos una copa de uno de los magníficos licores que se elaboran en este planeta?

—Con mucho gusto, embajador.

*

Al desembarcar de la cinta vieron las luces de un enorme supermercado situado a unos doscientos metros de distancia Mary dijo: —Chuck, tendríamos que comprar algo de comida para los otros.

—Muy bien, como digas.

—No os olvidéis de mí —exclamó «Tim».

Enderby miró de reojo a la muchacha.

—No me lo creo —murmuró.

Mary se echó a reír.

—También yo conozco algunos trucos —respondió alegremente.

Fueron al supermercado. Enderby tenía algún dinero y fue suficiente para lo que necesitaban.

Al terminar las compras se acercó a la sección de ferretería y adquirió algunas cosas, con un objeto que no quiso explicar a la muchacha.

—Te lo diré en otro momento —respondió a la pregunta que ella le hizo sobre el particular.

Mary le condujo a campo traviesa hasta llegar a una casa solitaria al pie de la colina.

Cuando llegaban se abrió la puerta y una silueta se recortó contra el fondo iluminado del interior del edificio.

—¿Mary? —dijo alguien.

—Sí. Vengo acompañada de un perro y un hombre —contestó ella.

—Se dice: «de un hombre y un perro» —rectificó Enderby de mal humor.

Mary se inclinó y cogió a «Tim» en brazos.

—Es que lo quiero mucho —dijo.

—Y yo también la quiero a ella —«respondió» el can.

CAPITULO V

Mary y los otros dos discutían en un rincón de la sala.

Peggy entregó un plato lleno a Enderby.

—¿Qué van a hacer con nosotros, Chuck? —preguntó aprensiva.

—Si piensas en algo malo, desecha tus temores. En todo caso, son Troilo y Flagstaff los que deben preocuparnos.

—Flagstaff es un mal bicho —dijo Marcia—. Ha retorcido el cuello al pobre Lenny...

—Alguien se lo retorcerá a él algún día —profetizó Peggy—. Dime, Chuck, ¿has averiguado algo?

—Ellos no son terrestres.

—¿De veras? —se asombró Marcia.

—Aquí hay un lío gordo y nos han pillado a nosotros en medio. Lo único que puedo decir es que no son precisamente partidarios de Zilliani.

—Cuántos partidarios hay de ese bastardo, ¿eh? —exclamó Marcia sarcásticamente.

—Los suficientes para hacerle ganar las elecciones y de un modo que no cabe lugar a dudas. Y con la mayoría suficiente para hacer lo que le venga en gana —respondió el joven.

Peggy meneó la cabeza.

—De todos modos hay algo que no me entra aquí —dijo tocándose la frente con el índice—. Zilliani es un granuja, un bribón, un tipo que ha querido llegar a los puestos más altos para llenarse los bolsillos. Pero no me parece el tipo capaz de amordazar las opiniones ajenas.

—Si quiere evitar críticas es lo que debe hacer —alegó Marcia.

—No, no —insistió la otra—. Zilliani no tiene madera de dictador. Puede, como se dice, apretar las clavijas, sobornar, seducir, ascender a los amigos, desterrar a los adversarios..., pero no actuar de un modo tan absolutista. Zilliani era un granuja listo, un vivo que jamás necesitó derramar sangre para alcanzar sus objetivos.

—Un ladrón de guante blanco, vamos —rió Enderby.

—Pues sí, en cierto modo la imagen cuadra —contestó Peggy radicalmente —dijo Marcia, sentenciosa—. Y no sabemos si Zilliani quiere convertirse en presidente vitalicio, para lo cual hará todo lo que sea necesario. Incluso mancharse de rojo esos guantes blancos que has mencionado.

—Puede que sí, pero sigo insistiendo en mi teoría.

Enderby levantó ambas manos.

—Muchachas, dejemos la discusión —propuso—. El tiempo nos dirá cuál de las dos tiene razón. Mientras tanto, preocupémonos del

presente.

Mary se acercó a ellos, seguida de los otros dos.

—Ya hemos llegado a una decisión —manifestó.

—Muy bien, habla —invitó Enderby.

—Pedro, Sammy y yo, en vista de las circunstancias, hemos acordado buscar el menor rastro. La casa es suya, pero él no está aquí ni sabemos adónde puede haber ido. Marcia irá en su busca con Pedro; Sammy y Peggy lo harán juntos, y tú y yo buscaremos por otro sitio.

Enderby saludó burlonamente.

—Tú mandas y nosotros obedecemos —contestó.

—¿Hemos de hacerlo a la fuerza? —preguntó Marcia.

—A la fuerza, no. Por un millón.

Peggy silbó.

—Demasiado para creérmelo —exclamó.

—Tendrás el dinero cuando hayamos terminado...

—La conspiración —interrumpió Enderby...

Mary se volvió y le miró penetrante.

—En todo caso, es una conspiración a favor de los terrestres —contestó con gran solemnidad.

—Es cierto —intervino Peggy—. Tú tenías razón, Chuck; ellos no son de la Tierra.

—Tengo un olfato muy fino —rió el joven—. Bien, Mary, nuestro oficio es ganar dinero, aunque, a veces, los procedimientos estén reñidos con la ética. ¿Cuándo empezamos?

—Mañana, a primera hora, cada pareja por su lado. —Y ¿cómo estaremos en contacto los unos con los otros?

—Deja eso de nuestra cuenta. Os necesitamos, porque habéis nacido en el planeta y conocéis perfectamente sus costumbres. De otro modo, no nos habríamos molestado en solicitar vuestra ayuda.

Había una nota de orgullo en la voz de Mary, que Enderby no pudo por menos de captar. Sin expresarlo pensó «Ya te bajaré los humos, guapa». Y luego, con su mejor sonrisa, dijo: —Mañana, a primera hora, iniciaremos la búsqueda de desertor.

*

—¡Amemos, amemos siempre al Gran Zilliani!

El altavoz emitió un sonoro bramido. Enderby dijo una frase ofensiva para la madre del autor de aquella obsesionante campaña de publicidad. Luego pensó en lo que Peggy había dicho la víspera. ¿Era posible que Zilliani hubiese cambiado de tal manera?

Se oyeron los solemnes compases de una marcha y luego el megáfono emitió otro trueno semejante al anterior: —¡Zilliani nos

ama! ¡Nosotros debemos amarle! Zilliani nos sirve; debemos servirle...

Enderby se hartó.

—Basta ya —dijo, a la vez que echaba a andar en sentido transversal, para abandonar la cinta de máxima velocidad y pasar a terreno inmóvil.

Mary se indignó.

—¡Eh, espera! ¿Adónde te crees que vas?

Pero el joven no le hacía el menor caso y corrió tras él seguida del perro, que ladraba furiosamente. Cuando dejó la cinta más lenta, vio a Enderby parado una veintena de metros de la pantalla, que estaba situada sobre unos postes metálicos, a diez metros del suelo, y que medía otro tanto de achura por siete de altura.

Atónita, Mary vio que el joven tenía en la mano una horquilla de metal, a la que estaban unidas unas cintas elásticas. Enderby abrió los dedos de la mano derecha.

Algo silbó por los aires. La pantalla estalló fragorosamente, con sonidos musicales de gran, volumen. Cientos de trozos de cristal saltaron al suelo. La voz laudatoria se apagó en el acto.

—Pero, ¿qué has hecho, loco? —gritó Mary.

—No puedo aguantarlo más. Es insufrible —contestó él.

—Has cometido una terrible, imprudencia. ¡Mira!

Enderby volvió la vista. Se oyó el aullido de una sirena.

Había algunos curiosos en las inmediaciones. Un aeromóvil policial se acercaba al lugar a toda velocidad.

—Será mejor que escapemos, Chuck —propuso la joven.

—No, espera. Tengo una idea mejor. Conozco bien esos cacharros —respondió Enderby.

El aeromóvil policial redujo su velocidad. Parecía una motora marina, aunque de formas mucho más redondeadas. Los dos ocupantes viajaban en una cabina con protección transparente en forma de cúpula. Un par de transeúntes señalaron al joven como autor del estropicio.

—Usted, deténgase —ordenó uno de los policías a través de un altavoz disimulado en el vientre del aparato.

Enderby levantó los brazos.

—Aquí estoy —contestó.

El aeromóvil descendió muy lentamente. Cuando estaba a un par de metros del suelo, Enderby saltó hacia arriba y se agarró con ambas manos al estribo saledizo de aquel lado.

Tiró con fuerza hacia abajo y saltó velozmente hacia atrás. Desequilibrado bruscamente, el aeromóvil se vino abajo, de costado, chocando contra el suelo con gran estrépito.

La gente gritó. Mary se sentía furiosísima.

—Me ha tocado en suerte el peor de todos —clamó, mientas veía a

los policías esforzándose por salir del aparato volcado.

Enderby agarró su mano y tiró de ella con fuerza.

—No te quedes ahí como una tonta —barbotó—. Parece mentira que no sepas lo que puede hacer un hombre desenfrenado moralmente.

Echaron a correr y se metieron por una calle transversal. El perro les seguía fielmente, sin separarse de ellos un solo momento.

—No te entiendo —dijo ella un poco más tarde—. Tú eres un bribón, un hombre al que la moral y la ley le importan un pimiento. ¿Y hablas de desenfreno moral?

—Deberías comprenderme un poco mejor, pero no lo intentaré —respondió él de mal talante.

Otra pantalla les salió al paso y otro altavoz bramó nuevo elogios para Zilliani. Muchos contemplaban la pantalla y sonreían arrobados.

Mary lo vio y asintió con la cabeza.

—Creo que sí —murmuró—. Creo que empiezo a comprenderte. Pero, por favor, no tires más piedras a otra pantalla...

—Era una bola de metal, aunque eso no tiene importancia —explicó él—. Bueno, ¿adónde vamos?

—Al banco. Me dejaste sin blanca —respondió el sorprendentemente.

—¿Cómo? ¿Tienes cuenta en algún banco?

Mary sonrió.

—Estamos bien provistos de fondos —dijo.

Enderby la agarró por un brazo.

—Mary, por favor, permitiré que firmes un cheque, pero deja que lo cobre yo, ¿eh? Confía en mí; no pienses que voy a largarme, dejándote plantada y sin el dinero. ¿Entendido.

—De acuerdo.

Ella se detuvo, abrió su bolso, sacó el talonario de cheques, escribió en uno de los cheques y se lo entregó al joven.

—¿Habrá bastante? —consultó.

Enderby leyó la cifra y asintió.

—Allí, al otro lado de la calle, hay una cafetería. Siéntate y aguárdame, Mary.

—No tardes, Chuck —dijo «Tim».

Enderby hizo una mueca.

—Descuida. Habrá dinero suficiente para tus huesos —contestó.

*

Diez minutos más tarde, Enderby entró en la cafetería y se sentó frente a la muchacha. Mary parecía estar contemplando la pantalla de un diminuto aparato de televisión a pilas.

—Ya tengo el dinero —anunció.

—Estupendo —contestó ella sin mirarle—. ¿Hubo pegas?

—Ninguna. Oye, ¿qué diablos es eso?

La camarera se acercó en aquel momento. Enderby le pidió una taza de café. Luego esperó la respuesta de Mary.

—Es un detector de electroencefalogramas —dijo ella.

—Así, tan pequeñito y tan mono.

—Pero tan preciso como el más grande, aunque, como éste, no puede evitar a veces las interferencias.

—¿Qué clase de interferencias?

—Oh, cuerpos opacos como grandes edificios o montañas... Salva esos obstáculos, por supuesto, pero la recepción pierde exactitud. También puede verse influenciado por la presencia de otro aparato «a la contra» o por la proximidad de otra mente más poderosa a la que intentamos detectar. Pero, en general, presta buenos servicios.

Trajeron el café. Enderby removió el azúcar y empezó a tomarlo a pequeños sorbos.

—Y con ese cacharrito quieres localizar...

—Se llama Sefton Mix y no sabemos dónde está. Tenemos que hablar con él; dadas las complicaciones que han surgido, es absolutamente necesario.

—¿No tienes la menor idea de dónde puede hallarse en estos momentos?

—No.

—¿Cuánto tiempo lleva en la Tierra?

—Alrededor de un par de años.

Enderby lanzó una risita.

—Vamos, un espía infiltrado —dijo.

—También habrá algún terrestre en Lhaxold que es donde yo procedo. Eso es normal y no hay que tomarse tan a la tremenda.

—Sobre todo, yo. Esas historias de espías me importan un pimiento. Me importa mucho más los cambios que se están produciendo desde que Zilliani llegó al poder.

—¿Temes perder tu libertad?

—¿Y quién no? No digo que no haya hecho algunas cosas buenas, pero si el progreso ha de ser a costa de que tener que pasarme todo el día adorándole, ¡que se vaya al diablo.

—¿El progreso o Zilliani? —preguntó ella, irónica.

—Los dos.

De pronto, Mary presionó una tecla y la pantalla se apagó: Después de lanzar un suspiro, dijo:

—Por ahora no puedo obtener ningún resultado práctico. —Miró fijamente a su interlocutora—. Chuck, aunque no lo creas, esta misión es mucho más importante de lo que puedes imaginar.

—Sí, claro —sonrió él, escéptico.

—No estamos solos en el Cosmos. Y aunque parece infinito, no lo es. En cierto modo, todos los seres inteligentes estamos relacionados los unos con los otros y los perjuicios que pueda sufrir determinado planeta, a pesar de que aparentemente se produzcan en un ámbito limitado, puede repercutir en otro planeta situado a cientos o miles de años luz. Ni hoy, ni mañana, tal vez, pero sí en un futuro indeterminado en el tiempo. Tarde o temprano, esos perjuicios dañan también a otros planetas, porque inexorablemente, se propaga si no se contienen a tiempo.

—Vamos, la pedrada en las tranquilas aguas del charco —dijo Enderby.

—Una metáfora perfectamente aceptable. ¿Vamos?

El joven se puso en pie. Salieron a la calle.

Un altavoz atronó de nuevo.

—Amemos a Zilliani. Amemos al gran Zilliani y él no servirá...

—¡Puah!

Enderby escupió a un lado. Luego agarró el brazo de la chica.

—¿Por dónde empezamos?

—No lo sé. Me siento confundida. Pensé que localizar a Mix resultaría fácil.

—¿Sabes qué hacía aquí? Es decir, si tenía algún empleo o trabajaba en algo...

—No, no lo sé. Me dieron, mejor dicho, nos dieron una dirección y una contraseña y eso fue todo.

—¿Le conoces siquiera personalmente?

—Tampoco —se lamentó Mary—. Y no tengo ninguna fotografía...

Enderby levantó los ojos al cielo.

—Vaya una manera de espiar —exclamó, burlón.

—No seas mordaz. Es lo corriente.

—Anda, vamos; conozco a un tipo que quizá pueda facilitarnos algún detalle sobre tu colega. Habrá que «untarle», pero es lo corriente en estos casos.

—Usa el dinero según tu criterio —dijo Mary.

La entrevista no dio resultado. El resto del día fue una sucesión casi idéntica de viajes en un sentido y otro, pero sin conseguir nada positivo.

Al hacerse de noche, Mary quiso saber qué pensaba hacer él.

—No puedo volver a mi casa porque seguramente estará vigilada. Pero tengo un apartamento para estos casos donde suelo esconderme algún tiempo, cuando llueve..., y hasta que escampa.

—Lo debes hacer con frecuencia, ¿no? —sonrió la joven.

—A preguntas indiscretas, labios sellados —dijo Enderby maliciosamente.

CAPITULO VI

Durmió hasta bastante tarde y fue al baño apenas se levantó. Una vez aseado, se encaminó a la cocina. Mary dormía aún; lo había comprobado al entreabrir la puerta de su dormitorio.

Empezó a preparar el desayuno. Media hora más tarde tocó con los nudillos en la puerta de la alcoba.

—La señorita tiene preparado el desayuno —anunció

Abrió un poco. Mary se desperezaba en aquel momento estirando los brazos en la cama.

—Hacía tiempo que no dormía tan bien —confesó.

Enderby le puso la bandeja en las manos.

—Aliméntate. Ah, hay un par de galletas para «Tim»

—Gracias —dijo el perro, que había dormido toda la noche en la alfombra, junto a la cama.

Enderby volvió a la cocina y desayunó también. Al terminar, puso los platos en el fregadero. Llegó a la sala y empezó a pensar en la forma de localizar a Mix.

Pensativo, agarró tres o cuatro dardos y empezó a lanzarlos contra el blanco situado en la pared. No era su deporte favorito, pero había comprado el juego porque el blanco tenía un diseño sumamente vistoso y contribuía agradablemente a la decoración de la estancia.

Mary y el perro aparecieron a los pocos minutos.

—Bien, Chuck, ¿qué hacemos? —consultó ella.

—He estado pensando en algo que podría dar resultado —dijo Enderby—. Mary, dime, ¿de qué fondos dispones para tu misión?

—Pues no lo sé. Mix es el titular de la cuenta corriente pero cuando nos disponíamos a partir hacia la Tierra, hizo los arreglos necesarios para que cualquiera de nosotros pudiera extraer el dinero que le hiciese falta.

—Es decir, no conoces el saldo.

—No.

Enderby señaló el videófono.

—Llama al banco. Firma un cheque para que sepan que eres tú y pregunta el saldo total —indicó.

—Muy bien.

Mary lo hizo así. Diez minutos más tarde recibía una respuesta escrita en la pantalla.

SALDO DE LA CTA. 408/66-E-5: 44.387.051´30 N$

— ¡Jesús! —exclamó Enderby—. ¡Cuarenta y cuatro millones y

pico!

—¿Te extraña?

—¿Sabes que con esa cantidad podría yo vivir sin trabajar durante el resto de mis días sin privarme de nada y hasta con diez o doce esposas aficionadas a cambiar de collar de diamantes una vez a la semana?

—No seas exagerado.

En aquel instante un repentino estruendo sonó fuera y Mary se calló en el acto.

—¡Amemos a Zilliani! ¡Zilliani es nuestro benefactor! —gritaban miles de personas en la calle.

Enderby y la muchacha se miraron un instante y luego corrieron hacia la ventana, desde la que contemplaron un espectáculo inusitado.

*

El apartamento «secreto» de Enderby se hallaba en un edificio de cincuenta pisos y él vivía en la planta treinta y seis. Desde allí pudieron ver los globos gigantes que avanzaban lentamente a lo largo de la avenida, sujetos cada uno a una veintena de cuerdas de amarre, cada una de las cuales, su vez, estaba en las manos de un hombre.

Los globos eran enormes, de forma piriforme, con pequeños alerones posteriores para su estabilidad. Aun así, cuarenta personas habrían sido poco peso para mantenerlos a uno cincuenta o sesenta metros del suelo, pero formaban un conjunto del que pendía un colosal retrato del presidente y el gigantesco cartel constituía el resto del contrapeso.

Detrás del retrato, que no medía menos de treinta metros de lado, avanzaba una multitud compuesta por varios miles de personas que emitían rítmicas consignas de adulación y elogio hacia el presidente.

—Dios mío, se han vuelto locos —exclamó Enderby.

Las alabanzas a Zilliani resonaban constantemente. Al paso de la manifestación, muchos curiosos que permanecían en las aceras se unían a ella, engrosándola casi sin cesar.

Enderby se puso furioso.

—No lo puedo soportar —exclamó—. De qué buena gana empezaría a tiros con esos malditos globos si tuviera un fusil...

De pronto, lanzó una alegre carcajada.

—Pero, ¡qué tonto soy! ¡Si tengo el remedio para esa idiotez!

Los globos estaban a punto de pasar por debajo de la ventana. Enderby fue al blanco de los dardos y arrancó los cuatro proyectiles. Luego regresó a la ventana y calculó las distancias.

La avenida era muy amplia. Uno de los globos pasaría a menos de

diez metros de distancia y un par de pisos más abajo. El otro se hallaba a unos sesenta metros.

Para el más alejado, tenía el remedio. Sacó el tirador, puso un dardo y, después de tensar las gomas al máximo, disparó el proyectil.

Dos segundos más tarde, lanzaba el segundo dardo por el mismo procedimiento. Los otros dos dardos fueron arrojados a mano en dirección al globo más próximo.

Transcurrieron unos segundos. La multitud seguía gritando atronadoramente.

El gas empezó a escaparse por los orificios abiertos por los dardos. Durante los primeros momentos, la pérdida de gas no fue apreciable. Luego casi repentinamente, la presión de salida ensanchó los agujeros y los globos empezaron a deshincharse con gran rapidez.

La gente calló cuando vio que los globos perdían altura. Luego empezaron a sonar gritos de pánico y se produjo una loca estampida en todas direcciones.

Enderby se echó a reír.

—No había visto nunca cosa tan divertida —exclamó.

En pocos minutos, los globos, vacíos, quedaron sobre la calzada, junto con el enorme retrato que habían transportado hasta entonces. De pronto, Enderby vio un grupito de hombres que discutían en uno de los lados de la avenida.

Uno de ellos le pareció conocido. Buscó unos gemelos de teatro y pronto pudo confirmar sus sospechas.

—Mary —dijo—, el capitán Troilo anda por ahí.

—¡Aguarda! —exclamó ella de pronto, con la vista fija en una cajita que tenía en las manos—. Alguien me llama...

Presionó una diminuta tecla y añadió:

—Soy Mary. Paso a la escucha.

—Hola, Mary. Habla Sammy. He localizado emisión de ondas electroencefalográfícas, correspondientes a Sefton Mix. Yo me encuentro mucho más lejos y no he podido localizar a Pedro. ¿Quieres tomar nota de las coordenadas?

—Perfectamente.

—Cuadrícula 5E.B2/T.a.8. ¿Entendido?

—Sí perfectamente.

—Procura salir a terreno despejado. La recepción será mejor.

—Entendido.

—Suerte. Llámame en cuanto sepas algo.

—Muy bien, Sammy.

La transmisión se cortó. Mary se volvió hacia el joven.

—Chuck, creo que pronto vamos a localizar a Sefton —dijo.

—Magnífico. Y nosotros nos vamos a marchar, antes de que Troilo nos localice a nosotros. Lo estoy viendo hablar por radio y me da en

la nariz que antes de cinco minutos se va a meter en este edificio.

Ella se alarmó.

—Si salimos, nos verá…

El joven se encaminó hacia el videófono.

—Pediré un helitaxi ambulancia —dijo sonriendo.

—¡Pero no estamos enfermos! —exclamó ella.

—Mil neodólares a cada uno de sus ocupantes les convencerán de que padecemos una enfermedad gravísima.

Las cosas salieron tal como las había planeado. Un cuarto de hora más tarde, Enderby y la muchacha, junto con el can, se encontraban en las afueras de la ciudad.

—Bueno, manejaré el detector de electroencefalograma —dijo ella—. Pronto podremos saber con toda exactitud el lugar en que se encuentra Sefton.

Enderby contempló atentamente la operación. En la pequeña pantalla apareció un puntito luminoso, que se hizo más grande hasta alcanzar los bordes, desapareciendo a continuación, para formarse de nuevo en el centro. Mary orientó el detector un poco mejor y las imágenes se hicieron nítidas y se mantuvieron inmóviles.

—¡Ya está! —exclamó, satisfecha—. Tenemos a Sefton a menos de cinco kilómetros de distancia y… ¡Oh, no! —grita repentinamente—. ¡No no! ¡Sefton…! ¡Sefton! —chilló Mary.

Enderby frunció el ceño. El punto luminoso acababa de desaparecer de la pantalla. Enderby miró a la muchacha y la vio terriblemente pálida.

—Mary, ¿qué ha pasado?

Ella se volvió con los ojos llenos de lágrimas.

—Ha cesado la actividad cerebral de Sefton —contestó.

Enderby tragó saliva.

—¿Significa que…?

—Si sólo hubiera sido un golpe, con pérdida de la conciencia, la imagen se habría debilitado, porque la actividad cerebral no cesa nunca, mientras el sujeto está vivo, aunque se halle sin sentido. Pero cuando la imagen falla por completo…

—Es que ha muerto.

Mary asintió.

—Sí, ha muerto —confirmó, con los ojos llenos de lágrimas.

Enderby calló un instante. Luego, de pronto, puso la mano en el brazo de la muchacha.

—Mary, al menos sabes dónde estaba Sefton —dijo.

—Sí, eso es verdad.

—Entonces vamos a localizar ese sitio y averiguar qué es lo que ha pasado realmente.

*

El hombre, vestido con mono blanco, holgado, empujaba una cesta llena de ropa a lo largo del brillante corredor del hospital, desierto en aquellos instantes. De pronto se detuvo ante un ascensor y miró a derecha e izquierda.

Pulsó el botón y la puerta se abrió a los lados. Sefton Mix entró en el ascensor y examinó la hilera de botones hasta localizar el que señalaba el cuarto sótano. Entonces presionó aquel botón, la puerta se cerró y el aparato se hundió en las profundidades del edificio.

Minutos después se detenía el ascensor. La puerta se abrió automáticamente y empujó el carrito para salir al corredor.

Un hombre vestido de blanco se apartó a un lado, sonriéndole cortésmente.

—Hola —dijo Sefton Mix.

El otro volvió a sonreír. Mix echó a andar, sin darse cuenta de que el individuo movía su mano derecha hasta que sintió un pinchazo en el costado derecho.

Mix se estremeció.

—Pero, ¿qué diablos...?

Volvió la cabeza y captó la diabólica expresión que había surgido en el rostro del sujeto.

Casi en el acto, sintió una extraña debilidad.

El sanitario le empujó suavemente, haciéndole caer en el carro de la ropa sucia, con la que le cubrió por completo.

Hubo algunas sacudidas en el carrito, pero todo cesó muy pronto.

Entonces el asesino sacó un diminuto transmisor de radio y dijo:

—Ropher a Siggor. Conteste, Siggor.

—Aquí, Siggor. Adelante, Ropher.

—El espía ha muerto.

—¿Sabe si ha podido comunicarse con otros?

—No, señor.

—Muy bien. Deshágase del cadáver.

—Sugiero el incinerador, señor. Ropa en deficientes condiciones.

—Excelente idea, Ropher.

—Gracias, señor.

Siga vigilando. Mix no era el único.

—Vigilaré, señor.

—Eso es todo.

La comunicación se cortó.

Ropher empujó el carrito hacia el incinerador. Antes de abrir el horno, apartó las ropas un poco y contempló el rostro de su víctima, ya ennegrecido por el veneno de acción casi instantánea.

—Buen viaje al infierno... —Se interrumpió en el acto pensando en

que Mix se convertiría en humo dentro de unos minutos y se echó a reír—. No, buen viaje allá arriba —rectificó con sangriento cinismo.

CAPITULO VII

Se detuvieron a unos mil metros del enorme edificio, situado en el centro de un vasto parque muy bien cuidado. Había abundancia de vegetación por todas partes y podían examinar el lugar sin temor a ser vistos.

Con los prismáticos, Enderby examinó la entrada al parque, que se realizaba por medio de un enorme portón, cuyo dintel, de traza semicircular, había un rótulo significativo:

CLINICA PSIQUIATRICA ESTATAL.

—Eso es un manicomio, ¿verdad? —dijo Mary cuando conoció el objeto del edificio.

—El nombre está anticuado, pero sirve —respondió él.

—A veces me pregunto si los cuerdos no son los que están dentro —dijo «Tim».

—No te burles de los humanos, tú —gruñó Enderby.

Mary se echó a reír pero se puso seria muy pronto.

—No sé cómo puedo tener humor... Sefton está muerto...

—¿Tienes la absoluta seguridad de que ha sido así?

Ella asintió tristemente.

—No cabe duda. Las señales cesaron por completo. Incluso en hibernación, el cerebro desarrolla una actividad mínima, quizá menos de una milésima de lo normal, pero el detector lo habría captado, ¿entiendes?

—Sí, desde luego. ¿Lo conocías?

—No, pero era un colega y ha muerto por algo que puede beneficiar a todos.

—Quizá sea como dices, aunque, por otro lado, me gustaría ver su cadáver; así podríamos confirmar nuestras sospechas.

Callaron un momento. Soplaba una ligera brisa, que les daba en los rostros.

El ambiente era sereno, apacible. Resultaba agradable estar allí.

Enderby seguía examinando el manicomio con los prismáticos. En uno de los tejados humeó de pronto una chimenea.

—Me gustaría saber qué diablos hacía Sefton en ese lugar —murmuró.

Inesperadamente, un extraño olor llegó a su pituitaria. Mary hizo un gesto de repugnancia.

—¡Qué mal huele! —exclamó.

Enderby se puso rígido, con la vista fija en el humo que, aunque muy poco denso, venía directamente hacia ellos, arrastrado por el

viento.

Aspiró un par de veces. Luego, poniéndose en pie, agarró la mano de la chica.

—Vámonos, Mary —dijo—. Ahora ya sé que Sefton está muerto.

—¿Cómo lo has averiguado?

—Huele a carne incinerada.

Ella abrió la boca un instante. Luego bajó la cabeza.

—Queman su cadáver y así hacen desaparecer todo rastro —adivinó.

Enderby levantó la vista al cielo.

—Te vengaremos, Sefton —prometió.

Emprendieron el regreso sin prisas. «Tim» correteaba de un lado para otro, persiguiendo mariposas.

Un conejo pasó a la carrera por delante de ellos y el perro ladró fuertemente.

De pronto, Enderby consultó su reloj.

—Tenemos tiempo —dijo.

—Tiempo, ¿de qué, Chuck?

—Vamos al banco, necesito dos millones.

Mary lanzó un grito.

—¿Te has vuelto loco?

—Nada de eso, preciosa. —Enderby lanzó una alegre carcajada. —Puesto que dispones de fondos ilimitados, voy a ver si consigo utilizar un arma que suele fallar en muy pocas ocasiones.

—Quieres comprar algo, ¿no?

—Una conciencia, Mary —respondió él enigmáticamente.

*

Regresó del banco portando un pesado maletín. Al abrir la puerta oyó una voz de tonos conocidos.

—...Este pueblo tan magnífico al que me honro en servir, será siempre un ejemplo para otros pueblos del cosmos, trabajando sin descanso y acatando las justas leyes dictadas por nuestro parlamento, libremente elegido por los ciudadanos en edad de votar. Precisamente, por dichas razones, y en vista de los nuevos gastos que distintas obras acarrean, he decidido presentar al parlamento un proyecto de ley sobre impuestos...

Enderby se paró en el centro de la estancia. Mary se hallaba en pie, vuelta de espaldas a la pantalla.

—Otra vez Zilliani, ¿eh? —dijo él sarcásticamente.

—¡Chuck, no mires!

—¿Qué?

—¡No mires a la pantalla! —gritó Mary.

Enderby frunció el ceño. Ella volvió la cabeza un poco.

—He intentado apagarla, pero no se puede —dijo.

—Cuando habla el presidente, la pantalla no se apaga —explicó él —. Pero, ¿qué sucede?

—Si le miras, te pondrás de su lado inmediatamente.

—Oh, vamos, eso es una tontería…

De pronto, Mary corrió al dormitorio, regresó con una sábana y, con la cabeza vuelta al otro lado, la colocó sobre la pantalla del televisor.

—Bueno, que siga hablando. Sus palabras ya no son peligrosas; la mirada lo es, Chuck.

Enderby quedó estupefacto.

—¿Quieres decir que es capaz de…, hipnotizar a millones de personas sólo con mirarlas?

—Ahora más que nunca. Fue sólo un instante, pero pude darme cuenta de que llevaba puestas unas lentillas muy especiales, que multiplican inmensamente la intensidad de su mirada. Es como si, a través de esos cristales, brotase un río de órdenes mentales para todos y cada uno de quienes le escuchan, ¿comprendes?

—Vamos, hipnotismo en masa —dijo él.

—Exactamente.

—Hombre, me gustaría comprarme un par de esas lentillas. A veces, ves una chica que te gusta…

—Chuck, esto no es cosa de broma. Esas lentillas sólo las fabrican en un sitio: Krootx.

Enderby la miró oblicuamente.

—Y Zilliani encargó un par, a fin de eliminar la oposición —dijo.

—Seguramente. ¿No te das cuenta ahora lo que puede suceder si no actuamos con rapidez?

—Muy bien —dijo él, a la vez que palmeaba el maletín posado encima de una silla—. Precisamente para eso he estado en el banco.

—¿Crees que accederá?

—Lo intentaremos.

—¿Y si se niega?

—Le romperé el cuello. Mary, por favor, quiero pedirte una cosa.

—Dime, Chuck.

—Si no te importa, prefiero ir solo.

—¿Y si te ocurre algo?

—Tienes el detector de E.E.G.

—Conforme.

—«Tim» cuidará de ti —sonrió el joven.

—Oye, ¿te crees que soy un mastín? —dijo el perro—. Sólo soy un bastardo pekinés y caniche…

—Pero eres valiente y la defenderás, ¿verdad?

—Al precio de mi vida —respondió «Tim» melodramáticamente.

Enderby se echó a reír.

Agarró el maletín y se dirigió hacia la puerta.

—Volveré triunfador —exclamó con fingida solemnidad.

*

El hombre que estaba ante la pantalla tenía galones de teniente en las hombreras de su uniforme.

De pronto vio brillar unos destellos luminosos de gran intensidad.

Esperó unos instantes y luego presionó la tecla del videófono que tenía al lado.

El rostro del coronel Botterby apareció de inmediato en la pantalla.

—¿Alguna novedad, teniente Crosby?

—Señor, destellos de máxima intensidad. Continúan persistentes, sin dar señales de disminución.

—¿Una o más personas?

—Más de una, pero menos de dos, señor... Eh, también hay otros destellos algo más confusos... Oh, no puede ser, coronel. Son destellos de cerebro animal...

— ¡Crosby! —rugió Botterby—. No irá a decirme que hay animales que detestan a su excelencia, ¿verdad?

—Señor, informo solamente de lo que veo en la pantalla... Ah, ahora cesan los destellos de una persona y los del animal... Pero queda otra persona...

—¿Tiene las coordenadas?

—Sí, señor. Los destellos se originan en la cuadrícula R-4, F-2, nivel treinta y seis. Yo diría que el animal es un perro y que ahora dormita...

—Crosby, iré yo en persona a investigar. ¡Y no repita a nadie lo que ha visto!

—Descuide, señor.

Crosby se pasó una mano por la cara llena de sudor.

—Un perro..., inteligente... —murmuró para sí—. Detesta al presidente, pero, claro, el instinto animal...

Volvió a observar la pantalla del aparato suministrado por el embajador de Krootx.

Los destellos inteligentes se habían atenuado considerablemente.

Con toda seguridad, se dijo, la persona de donde procedían se había echado a dormir.

—No te arriendo las ganancias cuando el coronel te ponga la mano encima —dijo, como si aquella persona pudiera escucharle.

*

Egon Troilo abrió la puerta de su casa y parpadeó al reconocer a su visitante.

—Sabía que era un tipo cínico, aunque nunca me imaginé que llegase a tales extremos, Enderby —dijo hostilmente El joven no se inmutó por el poco amable recibimiento.

—Quiero hablar con usted, capitán —manifestó.

—¿Sabe que tengo la obligación de arrestarle?

—¿Cuál es la acusación?

—Conspirar contra el gobierno, ataque a un oficial de policía en ejercicio de sus funciones... ¿Le parece poco?

—Capitán, ¿por qué no hablamos como buenos amigos, aunque no lo seamos? —propuso el joven sin desanimarse por la animadversión de Troilo, quien ya no le tuteaba.

—Está bien, pero recuerde que tengo un deber que cumplir...

—No lo olvido un solo instante, capitán.

—De acuerdo, entre.

Al fondo sonó una voz de mujer.

—Egon, ¿quién es?

Troilo vaciló.

—Dígale que un amigo —aconsejó Enderby en voz baja.

—No te preocupes, querida —gritó Troilo—. Es un amigo y tenemos que hablar de asuntos particulares.

—¿Se quedará a cenar? —preguntó la señora Troilo. El policía respingó. Enderby sonrió.

—Quizá sí —dijo.

—No estoy seguro, cariño —exclamó Troilo—. Te lo diré más tarde.

—Muy bien, pero avisa con tiempo, por si tengo que preparar otro cubierto.

—Echaré veneno en su sopa, Enderby —gruño Troilo—. Vamos, sígame.

Troilo echó a andar y llevó a su visitante a un saloncito privado.

Cerró la puerta y se encaró con el joven.

—Está bien. Suéltelo ya —indicó secamente.

—Capitán, ¿cuál es su sueldo anual?

—¿Eh? ¿Adónde diablos quiere ir a parar, Enderby? Mire, si se trata de un soborno...

—Capitán, su sueldo anual alcanza muy escasamente los ocho mil neodólares —dijo el joven, impasible—. Zilliani prometió aumentar los sueldos de los funcionarios, pero ¿cuánto más podrá darle? ¿Un diez, un veinte por ciento? En total, ganaría usted alrededor de diez mil al año. Y eso porque es capitán.

—Pero soy fiel al presidente —exclamó Troilo orgullosamente.

—Fiel al dictador en que Zilliani se ha convertido. De todos modos, eso no importa ahora nada en absoluto. Capitán, voy a proponerle que se ponga de nuestro lado.

Troilo sonrió.

—Bueno, aunque tratase de sobornarme y yo estuviese dispuesto a ceder, ¿qué me daría? ¿Veinte, treinta…, cincuenta mil como máximo? ¿Es ésa una cantidad suficiente para arriesgar el cargo?

—Egon, temo que está usted un tanto desfasado de la actualidad. Anquilosado, diría un crítico, pero prefiero calificarlo más bien de ingenuidad.

Enderby hizo una pausa.

—La conspiración no es contra Zilliani, hablando con propiedad, sino que es Zilliani quien la ha organizado contra la Tierra, el planeta del que se considera orgullosamente su presidente —continuó—. Egon, la marea apenas acaba de comenzar, pero subirá muy alta y arrollará a Zilliani. Móntese en esa ola y flotará; porque si permanece inmóvil se ahogará.

—¿Me va a dar usted un buen flotador? —sonrió Troilo.

Sin dejar de sonreír a Enderby abrió el maletín.

—Con esto no se hundirá jamás —aseguró.

Los ojos de Troilo se desorbitaron al contemplar los fajos de billetes que atestaban el maletín. Durante unos segundos, sólo hubo silencio en la estancia.

CAPITULO VIII

Enderby apreció numerosas gotas de sudor en la frente de Troilo. «Esto es cosa hecha», pensó.

La voz de Troilo era ronca al hablar de nuevo:

—¿Cuánto hay? —preguntó al fin.

—Dos millones.

—¿Quién...?

—Eso no debe preocuparle, capitán. Queremos tenerlo de nuestro lado, simplemente. Siga como hasta ahora, pero pásenos informes. Es todo lo que necesitamos.

Troilo se sentó.

—Me ha hecho flaquear —se lamentó.

—Le he puesto en lo alto de la ola y no se hundirá.

—No sé demasiado. Zilliani es muy amigo del embajador de Krootx. Ignoro qué se traen entre manos...

—Investigue, con cuidado, con paciencia.

—Lo haré.

—Tenga cuidado con Flagstaff. Es su subordinado, pero quizá querría ocupar su puesto si llegase a sospechar algo.

—Enderby, ¿se da cuenta de que me está pidiendo que conspire contra mi presidente?

—¿Es lícito que un presidente de un mundo libre quiera erigirse en dictador?

—El parlamento aprueba las leyes que él propone...

—Los delegados deben de estar o comprados o hipnotizados. Aun así, el parlamento no tiene autoridad para arrebatar las libertades a los ciudadanos. Y menos cuando, si como da a entender, es en beneficio de terceros.

—Se refiere a Krootx.

—Sí, en efecto.

Troilo meneó la cabeza.

—Hay algo raro en el embajador —dijo—. Se comporta como si fuese el dueño de todo; arrogante, orgulloso, desdeñoso hacia nosotros, colérico...

—Trabaje, investigue; muéstrese ansioso de cooperar en todo, pero consiga información. Cuando se sepa la verdad, Zilliani será derrocado..., y nadie sabrá que usted colaboró en ello. Ni nadie le pedirá tampoco explicaciones sobre el dinero que tenga.

—Está bien, conforme —cedió Troilo finalmente—. Haré lo que pueda, pero convendría quedar de acuerdo sobre un par de puntos.

—Hable —invitó el joven.

—¿Cómo podremos ponernos en contacto?

—Usted fue a buscarme a mi apartamento el día en que deshinché los globos, ¿verdad?

Troilo sonrió.

—Fue usted —dijo.

—Sí.

—Una bonita faena. Pero usted ya había volado cuando llegamos…

—Llámeme allí.

—Puede ser peligroso. Flagstaff quizá quiera volver…

—Me las entenderé con él, en el peor de los casos. Y si no, deje un mensaje en la taberna de Mike Bravo. Mike es de confianza; no me traicionará.

—Allí me paralizaron ustedes…

—Fue la chica —sonrió él—. ¿Acaso hubiera preferido un balazo en las tripas?

—No, claro… Otra cosa. Si necesita algo con urgencia, llame a mi oficina. Use entonces el nombre de Roger World. Mi secretaria le pondrá en contacto conmigo dondequiera que me encuentre.

—Perfectamente.

—La comunicación no será interferida. Roger World es el nombre que utilizan todos mis confidentes. Sólo yo conozco el auténtico de cada uno de ellos.

Enderby sonrió.

—Es usted un tipo listo, Egon —alabó—. Por cierto, ¿qué hay en la Clínica Psiquiátrica Estatal?

—No lo sé. ¿Por qué lo pregunta?

—Hoy se ha cometido allí un asesinato. La víctima ha sido incinerada a continuación. Ahora forma parte de la atmósfera.

Troilo deglutió sonoramente.

—Averiguaré lo que pueda —repuso.

—Es probable que la clave de todo esté allí, en aquel manicomio. Si conseguimos información habremos resuelto el problema.

—Habrá muchos cuando Zilliani sea obligado a dimitir…

—Al menos no tendremos la obligación de amarle —respondió el joven cáusticamente.

—Sí, es horroroso —convino Troilo. De pronto, sonrió—. Bien, ¿se queda a cenar?

—Encantado. Dígale a su esposa que ponga otro cubierto —contestó Enderby con jovial acento.

La velada resultó muy agradable.

Pero tuvo, para Enderby, un final que destruyó por completo el encanto de las últimas horas.

Ya se creía vencedor.

La realidad se encargó de demostrarle lo contrario cuando llegó a

su apartamento y lo encontró todo vacío.

*

En realidad, el apartamento no estaba vacío.
«Tim» gemía aterrorizado en un rincón.
Enderby cogió en brazos al animal y procuró consolarle.
—«Tim», dime, ¿dónde está Mary?
Pero en esta ocasión el perro se comportó como lo que era y no dio ninguna respuesta.
Sin soltar a «Tim» Enderby se paseó por el apartamento.
Había algún desorden, aunque no demasiado.
Las huellas, sin embargo, mostraban claramente lo ocurrido.
Mary había sido sorprendida y no había tenido tiempo de defenderse.
De algún modo, Mary hacía que «Tim» pudiera comportarse como una persona.
Ahora, ausente la muchacha, el can volvía a su primitivo estado animal.
—La han secuestrado, no cabe duda —murmuró—. ¿Flagstaff?
Durante un momento pensó en llamar a Troilo, pero prefirió guardarse para sí la noticia.
A pesar de todo aún no confiaba plenamente en el policía.
Era mejor dejar pasar algún tiempo y observar sus reacciones.
La puerta se abrió inesperadamente.
Enderby se volvió.
—Hola, Chuck —saludó Peggy Moran.
Sammy Grant la seguía a continuación.
—¿Qué tal? —dijo—. ¿Dónde está Mary?
—La han secuestrado.
Hubo un momento de silencio. Peggy fue la primera en reaccionar.
—Chuck, ¿hay café en la alacena?
—Sí, claro.
—Haré una cafetera. Creo que lo vamos a necesitar.
Enderby y Grant quedaron a solas.
—¿Qué ha sucedido? —preguntó el segundo.
—Ya lo has oído. La han secuestrado, Sammy.
—Pero tú...
—Yo estaba con el capitán Troilo. Lo he puesto de nuestro lado.
— ¡No! —se asombró Grant.
—Por dos millones de neodólares.
— ¡Demonios! Eso es mucho dinero, Chuck —protestó Grant.
—Había más de cuarenta y cuatro millones en vuestra cuenta. Si os enviaron como agentes secretos y pusieron tanto dinero a vuestra

disposición fue para gastarlo y para cobrar los intereses, me parece.

Grant enrojeció.

—Dispensa, no me imaginé que… ¿Habéis encontrado a Sefton? —preguntó repentinamente.

—Ha muerto. Primero lo asesinaron, después condujeron su cuerpo al incinerador.

En la cocina sonó un grito.

—¿Lo han quemado? —preguntó Peggy.

—Sefton forma parte ahora de la atmósfera terrestre —contestó Enderby.

Grant se derrumbó sobre un sillón.

—Mary, secuestrada; Mix, muerto… ¿Qué podremos hacer ahora? —se lamentó.

Enderby apreció la total desmoralización del sujeto, pero no quiso hacer ningún comentario.

—Saldremos adelante, no te preocupes —dijo—. ¿Dónde están los otros dos?

—Llegarán mañana.

Peggy vino con la bandeja del servicio de café.

—¿Se sabe quién ha sido, Chuck? —preguntó.

—No. Localizamos a Mix en la Clínica Psiquiátrica del Estado. Pero llegamos tarde.

—Un manicomio —Peggy arrugó el entrecejo—. ¿Qué diablos puede haber allí?

—Quizá tengamos muy pronto la respuesta. Troilo está de nuestra parte.

—¿Crees que puedes confiar en él?

—Bueno, le he dado dos millones, pero también le he dicho que, si nos traiciona, alguien le daría un «soplo» a Botterby. No le gustaría, ¿comprendes?

De pronto Peggy chasqueó los dedos.

—Mary está secuestrada —exclamó—. ¿Por qué no hacemos lo mismo con Botterby?

—¿Un canje? —preguntó Grant.

—Podría resultar, ¿no crees, Chuck?

Enderby negó con la cabeza.

—El juego es muy fuerte y no desistirían por una pieza, aunque sea tan importante como Botterby —respondió.

—Al menos podríamos obligarle a hablar —exclamó ella.

—Es un tipo duro…

—Pero yo podría obligarle —terció Grant.

Enderby consideró la idea.

—No estaría mal, salvo que habría que llevarle a un sitio que no fuese fácilmente localizable —dijo.

—Yo sé dónde podemos esconderle —manifestó Peggy.

—¿Es un buen lugar?

—Fantástico —Peggy sonrió—. Marcia lo usó para «limpiar» los bolsillos de Pedro, aunque, desde luego, no lo tendríamos en la supuesta casa del médico.

—Yo tengo procedimientos para hacer hablar hasta a los animales —aseguró Sammy.

—¿Incluso a «Tim»? —sonrió Enderby.

—Si es necesario, ¿por qué no?

—Prefiero mi método. Botterby puede estar contraacondicionado, si es que entendéis el significado de esta palabra. Pero no se resistirá al plan que he ideado —declaró Peggy. Y explicó su idea en pocas pero bien medidas palabras.

—Pues sí, es una excelente idea —aprobó Enderby, entusiasmado —. Pero creo que necesitaríamos más gente para escena.

—Pedro y Marcia —dijo Grant.

—Y además es preciso trazar el plan para que el secuestro no falle —manifestó Enderby—. El coronel es muy listo debemos contrarrestar sus medidas de protección antes de que tenga tiempo de ponerlas en ejecución.

*

—¿Está seguro, coronel? —preguntó el presidente Zilliani.

—Absolutamente, señor —respondió Botterby—. El detector que nos proporcionó el embajador no falla en absoluto, Capta pensamientos muy hostiles y constantemente, además de muy concentrados.

—Eso puede ser peligroso —murmuró Zilliani con aire de gran preocupación—. Tendría que comunicarme con Vood..

—¿Se hablaba de mí? —exclamó de pronto el embajador de Krootx, asomando por las cortinas que ocultaban la puerta de acceso al despacho presidencial.

Sí, en efecto. El coronel Botterby me ha traído ciertos informes que pensaba comunicarle en el acto... —Zilliani hizo un ademán y Botterby se retiró, tras una profunda reverencia—. Okhar Vood —añadió—, deberíamos deshacernos de «él». Si llegara a descubrirse, se produciría una serie de convulsiones en las que no quiero pensar siquiera...

—¡No! —prohibió Vood casi a gritos—. Es lo último que puede hacer.

—¿Por qué no? Nadie encontraría jamás el menor rastro. Se convertiría en humo, como sucedió con el espía.

—En absoluto. «El» debe seguir viviendo. ¿Es que no comprende

que usted, en gran parte, actúa al dictado de su mente? Cuando le hablan de cosas que usted no conoce, «él» las recuerda para usted y, de este modo, se evitan situaciones comprometidas. Si muriese, ¿cómo saldría de una mala posición? Nos guste o no, tiene que seguir viviendo.

—Pero si averiguan dónde está...

—No lo averiguarán en mil años —dijo Vood enfáticamente—. Y basta ya de discutir este tema. Lo que tiene que hacer es, como se dice en este planeta, «apretar las clavijas» y procurar que su ley sobre impuestos sea aprobada. Y, lo más difícil de todo, evitar protestas de la gente. Esa es su tarea principal, ¿entendido?

Zilliani agachó la cabeza como un colegial sorprendido en falta ante su severo profesor.

—Así lo haremos, señor —contestó.

*

Estaba sentada en un sillón de forma muy especial, al cual se hallaba sujeta por unas correas que inmovilizaban sus brazos y piernas.

Un ancho cinturón rodeaba su talle y, sobre su cabeza, había un gran casco metálico del que partía un cable que se perdía en una fría pared.

Mary tenía los ojos cerrados y respiraba dificultosamente.

Botterby la contempló unos instantes y luego se volvió hacia los dos hombres que estaban en la habitación.

—¿Nada? —preguntó.

—Nada, señor —contestó Flagstaff.

—¿Ropher?

—Si acentuamos la intensidad de la exploración, morirá coronel —respondió el interpelado.

Botterby se acarició el mentón con gesto pensativo.

Estuvo silencioso durante unos instantes y luego formulo una pregunta:

—¿Cuál es su estado físico?

—Excelente, señor —respondió Ropher.

Flagstaff adelantó un paso.

—Coronel, déjeme unos minutos a solas con ella y le aseguro que la haré hablar —exclamó.

—No, sargento, en absoluto. Nada de malos tratos. Podría darnos informaciones deliberadamente falsas a fin de rehuir el dolor físico. Es evidente que su acondicionamiento contra exploraciones mentales es de la más alta calidad. Pero todavía no he visto el blindaje que no pueda ser perforado un día u otro por algún proyectil —declaró

Botterby.

—¿Qué quiere decir eso, coronel? —preguntó Ropher,

—Llévenla a otra habitación. Dejen que se bañe, que coma bien y en abundancia, que duerma veinticuatro horas es preciso. Cuando les pregunte algo digan que no saben nada, que sólo cumplen órdenes. Trátenla con la máxima consideración, que llegue a creer que no le pasará nada. Entonces, cuando más confiada esté… ¿Conocen el procedimiento de la ducha escocesa?

Flagstaff sonrió.

—Agua helada después del agua caliente —dijo.

—Exactamente —concordó Botterby—. Y, créame, es un procedimiento que no suele fallar.

Se dirigió hacia la puerta.

—Hagan lo que les he dicho. Volveré dentro de veinticuatro horas.

Ropher y Flagstaff saludaron rígidamente. Luego desataron a Mary y la llevaron a una habitación contigua, dotada de todas las comodidades. Ella seguía durmiendo, atontada por la fortísima presión mental a que había estado sometida, pero, al cabo de unos minutos, empezó a recobrarse.

Entonces abrió los ojos.

Flagstaff sonrió.

—Señorita Ross, si desea algo no tiene más que pedirlo, excepto, como puede comprender, la libertad. Pero estamos aquí para servirla en todo cuanto necesite.

Ropher abrió una puerta lateral.

—El baño está listo —anunció—. No tema, no la vigilaremos mientras se baña. Cuando salga le será servida una espléndida cena. Si desea libros, periódicos o revistas, dígalo sin vacilar y le traeremos cuanto desee.

Mary se incorporó sobre un codo y miró sucesivamente a los dos esbirros.

—¿Tratan ahora de conquistarme con un trato benevolente? —preguntó.

—Nosotros simplemente cumplimos órdenes, señorita —respondió el sargento.

Mary comprendió y se puso en pie.

—Desearía darles las gracias, pero no puedo —dijo. En la puerta del baño se volvió—. Necesito cambiarme de ropa. ¿Pueden traerme alguna prenda adecuada?

Ropher se inclinó respetuosamente.

—Será un placer, señorita —aseguró.

CAPITULO IX

Marcia y Pedro habían llegado ya. Con Peggy y Grant, Enderby discutía el plan trazado, eliminando defectos y añadiendo detalles que podían mejorar su eficiencia.

De pronto, Enderby levantó la cabeza de la mesa sobre la que escribía en una hoja de papel.

—Peggy, ¿está ya el guión? —preguntó.

—Está el guión y están los actores. Ya han ensayado sus papeles y todo saldrá a las mil maravillas.

—Magnífico.

—Pero costará caro...

—El dinero poco importa. En todo caso, ¿podemos confiar en ellos, Peggy?

—Absolutamente —respondió la interpelada con gran firmeza.

—Muy bien. Entonces sólo falta...

El zumbido del videófono le interrumpió repentinamente. Enderby hizo señales para que todos se apartasen del campo de visión del objetivo. Luego dio el contacto.

—Hola —dijo Troilo.

—¿Capitán?

—Tengo las noticias que deseaba, Enderby.

—Le escucho, Egon.

Troilo habló durante unos instantes.

—Eso es todo —dijo al terminar.

—Gracias.

Enderby cortó la comunicación y miró a sus amigos.

—Han sido dos millones muy bien empleados —dijo.

—Siempre que no nos traiciones... —dudó Marcia.

—No lo creo. Sabe que también él acabaría mal. Hombre, si yo fuese oficial y me dejase sobornar, supondría que el que me soborna ha tomado sus precauciones. Es de una lógica elemental, mujer.

Marcia asintió.

—Creo que tienes razón. Bien, entonces, ¿cuándo?

Enderby consultó su reloj.

—Me parece que ya podemos empezar —respondió.

Se inclinó y recogió en brazos al perro.

—«Tim», vamos a ver si conseguimos rescatar al ama —añadió jovialmente.

El perro emitió un lastimero gemido. Enderby acarició su cabeza y, seguido de los restantes, abandonó el apartamento.

*

El aeromóvil volaba a buena velocidad y poca altura cuando, de pronto, su piloto divisó algo que llamó su atención.

—Coronel, un accidente —exclamó.

Botterby miró a través de la cúpula transparente. Debajo de ellos se divisaba un aeromóvil volcado. Un hombre yacía en el suelo, abiertos los brazos y las piernas. Fuera de la cabina, asomaba la mitad del cuerpo de una mujer, cuya cabellera pendía laciamente, cubriendo su rostro y parte de los brazos. Botterby torció el gesto.

Por su parte habría seguido adelante, pero el piloto era un hombre que no estaba al tanto de nada de lo que sucedía, un soldado instruido para determinadas circunstancias. El piloto sabía que el deber de todo oficial consistía en ayudar a la gente. Si ahora ordenaba continuar la marcha, el piloto podría pensar cosas nada agradables de su superior.

—Desciende —ordenó—. Procuraremos ayudar a esos desgraciados.

—Sí, señor.

El aeromóvil viró en redondo y perdió altura. Su piloto maniobró hábilmente los controles, hasta tomar tierra a pocos pasos del aparato accidentado. Botterby saltó a tierra.

—Avisa por radio a la patrulla y pide una ambulancia —ordenó, a la vez que echaba a correr al lugar del siniestro.

—Sí, señor.

El piloto alargó la mano y descolgó el micrófono. Entonces notó algo frío en la mejilla.

Alguien dijo muy bajo:

—Esto es una pistola. No levantes la voz o eres hombre muerto.

El piloto se inmovilizó en el acto. Otra mano arrancó micrófono de un tirón. Mientras Botterby llegaba junto al hombre caído en el suelo y se arrodillaba a su lado.

Súbitamente, se encontró frente al cañón de una pistola,

—Hola, coronel —sonrió Enderby.

—¿Qué diablos...?

De los arbustos cercanos surgieron varias personas que corrieron velozmente hacia aquel lugar. La mujer supuesta mente herida se incorporó de un salto y se reunió con Enderby.

—¡Bravo, Chuck! ¡Lo hemos conseguido!

Botterby estaba atónito. Quiso decir algo pero, de repente, sintió que le tapaban la boca con un pañuelo. Luego alguien ató sus manos a la espalda. Finalmente le colocaron una capucha y dejó de percibir las imagines.

Grant corrió hacia el joven.

—Chuck, ¿el piloto? —consultó.

—Nos llevaremos su aparato. Déjalo aquí; antes de que pueda dar aviso, habrá pasado mucho rato.

—Está bien.

—Pedro, ayúdame —pidió el joven.

Entre los dos llevaron a su prisionero al otro aeromóvil que había estado oculto bajo unas ramas. Minutos más tarde despegaban de aquel lugar y se dirigían al punto ideado por Peggy como escondite en el que poder interrogar a su prisionero sin temor a rescates inoportunos.

Cuando llegaron era ya de noche.

*

A Botterby le habían quitado la capucha. Enormemente asombrado, se encontró en el gran vestíbulo de un castillo medieval, en cuyas paredes había algunas antorchas resinosas que proporcionaban fantasmagórica iluminación al lugar.

La lluvia caía con terrible fuerza en el exterior. Botterby vio un espantoso relámpago a través de los góticos ventanales del muro y luego percibió el horrendo estruendo del trueno.

Enderby le empujó sin remilgos.

—Vamos, cerdo —dijo.

—Oiga... —Botterby temblaba perceptiblemente—. A...dónde me llevan?

—Al lugar en que están todos los enemigos de la Tierra —contestó el joven con acento lleno de truculencia—. Hemos resucitado viejos ritos para castigar a los traidores al planeta...

—Pero..., yo soy leal; yo obedezco las órdenes del presidente.

De alguna parte llegó un horripilante alarido. Botterby sintió que se le ponían los pelos de punta.

Alguien gritó:

—¡Más plomo candente! Este bastardo sigue firme y se niega a hablar...

Las piernas de Botterby vacilaron. Grant se situó a su izquierda para sostenerle por un brazo mientras descendían la gran escalinata en caracol que conducía al subterráneo.

Alguien manejaba un látigo y a cada chasquido correspondía un aullido de dolor. Cuando llegó al sótano, Botterby apenas se podía tener en pie.

Había una docena de hombres hercúleos, desnudos de la cintura para arriba, y todos con sendas caperuzas rojas, provistas de aberturas para los ojos. Dos de ellos se ensañaban con un prisionero arrancándole trozos de carne con tenazas al rojo vivo.

En el potro, una hermosa mujer, completamente desnuda, sufría

los efectos de la tensión de la rueda, aullando espantosamente. Un poco más allá, dos verdugos torturaban a otra prisionera, a la que daban de latigazos intensamente.

En el centro ardía un gran fuego, donde se calentaban al rojo vivo todo género de instrumentos de tortura. De pronto uno de los verdugos gritó: —¡Eh, la mujer ha muerto! ¡No lo ha podido soportar

—¡Arrojadla al pozo de los caimanes! ¡Están hambrientos! —contestó otro.

La mujer que estaba en el potro fue desatada y lanzada sin más a un pozo que se abría en un rincón de la siniestra estancia. En aquel momento se oyó el redoble de un tambor.

Un hombre con las manos a la espalda, escoltado por dos verdugos, fue empujado hasta una guillotina. Allí un juez vestido con una larga hopalanda negra, cubierto el rostro por un severo antifaz, leyó la sentencia escrita en un gran papel parcialmente enrollado.

—El pueblo de la Tierra por traición a la libertad por conspiración y otros crímenes te condena a morir. Tu cabeza será separada del tronco. La sentencia se cumplirá de inmediato. ¡Que Dios tenga piedad de tu alma!

El condenado aulló, pidiendo gracia. Impasibles, los esbirros lo arrastraron hasta la tabla, a la que fue atado rápida y diestramente. Segundos más tarde, la tabla basculó y el cepo se cerró en torno al cuello del reo. Otro verdugo manejó el resorte, la cuchilla cayó y la cabeza del condenado saltó al cesto, arrojando torrentes de sangre.

El verdugo se inclinó, asió la cabeza por los cabellos y la mostró a todos los presentes.

—¡La justicia de la Tierra se ha cumplido! —clamó.

Un enorme trueno hizo vibrar las paredes del sótano. Enderby dio una orden:

—¡Interroguen a ese traidor!

Cuatro esbirros se abalanzaron hacia Botterby, al que despojaron en el acto de la mayor parte de sus ropas, tendiéndole a continuación en el potro. Ataron sus pies y sus manos y luego dieron un ligero tirón a la rueda.

Botterby lanzó un terrible alarido.

—Esperen... Todavía no me han dicho qué quieren de mí... Estoy dispuesto a colaborar con ustedes...

Enderby se inclinó hacia él.

—¿Seguro, coronel?

El rostro del prisionero estaba completamente mojado por el sudor.

—Sí... Diré lo que quieran, pero..., por favor, no me torturen...

—Coronel, ¿dónde está Mary Ross?

—¿Qué... qué me harán después? —preguntó Botterby.

—Naturalmente le retendremos. Pero si nos ha engañado…, le haremos sufrir tormentos de los que no tiene la menor noticia. ¿Entendido?

—¡Diré la verdad, lo juro! —gritó el prisionero.

—Muy bien. ¿Dónde está ella?

—En la Clínica Psiquiátrica Estatal. Pero si no voy yo en persona, nadie podrá verla.

Enderby torció el gesto. Era una complicación con la que no había contado.

—¿Hay alguna contraseña para salvar la guardia que la custodia? . —preguntó.

—No, pero he de ir yo personalmente. Nadie más puede verla.

De pronto Enderby sintió que le tocaban en el hombro.

—Ven —llamó Peggy.

El joven se apartó unos pasos. Ella dijo en voz baja.

—Te llaman «El hombre de las Mil Voces» —le recordó.

—Sí, pero la cara…

—Tenemos a Duke Harris con nosotros, hombre. Puede «duplicarte» perfectamente y ni la propia madre del coronel lo notaría.

Enderby sonrió. Harris era el maquillador que había cuidado de la apariencia externa de los actores que habían simulado ser verdugos y víctimas.

—Peggy, de buena gana te daría un beso —dijo.

—Ni lo intentes. Sammy es un poco celoso —rió ella.

—Le has gustado, ¿eh?

Enderby volvió junto al potro.

—Está bien, coronel. Indíqueme el lugar exacto de la Clínica donde está Mary y deje el resto en mis manos.

—Habitación 702, en el ala Norte…

—Lo comprobaremos. Y su vida responde de la de Mary Ross.

De pronto se oyó un grito que procedía del pozo de los caimanes:

—Eh, ¿hasta cuándo voy a estar aquí?

Sonaron algunas risas. Alguien conectó una grabadora y empezaron a oírse los primeros compases de la última pieza musical de gran éxito.

Un verdugo se puso a bailar frenéticamente con la mujer azotada. El guillotinado se levantó y recobró su cabeza. La que estaba en el pozo de los caimanes fue rescatada, se vistió y se unió a la danza.

Marcia trajo un cajón de botellas. Otro llegó con una bandeja repleta de vasos. Alguien lanzó un grito:

—¡Hay que parar el mecanismo de la tormenta artificial!

—Voy ahora mismo —contestó otro.

Botterby tenía los ojos fuera de las órbitas.

—¡Me han engañado! —aulló.

Con una copa de champaña en la mano, Enderby se acercó al potro y sonrió.

—Coronel, usted está acondicionado para resistir interrogatorios con sonda psíquica —dijo—. Por eso recurrimos al truco del castillo siniestro, la banda de verdugos y los instrumentos de tortura. Pero, aunque todo es de ficción y se empleaba hace años en películas de época, no se haga ilusiones: el potro puede descoyuntarle a usted todos los miembros, los hierros al rojo vivo son auténticos y, en caso de necesidad, la guillotina actuaría realmente y no con truco. ¿Comprende lo que quiero decirle?

Botterby se lamió el labio superior, completamente reseco.

—Pero les he dicho la verdad—contestó plañideramente.

Enderby levantó su copa.

—Por su propio bien, deseo que sea así —dijo.

CAPITULO X

Entró en la clínica con aire enérgico y seguro de sí mismo. Sin necesidad de preguntar en Información, buscó el camino que conducía al ala Norte y entró en un ascensor que le condujo a la última planta.

Allí se curaban grandes personajes, tanto de las finanzas como de la política. Las habitaciones eran, en realidad, suites aún más lujosas que las del mejor hotel. Algunas, Enderby se había informado previamente, estaban especialmente acondicionadas para evitar la posible fuga del paciente. Mary se hallaba en una de aquellas suites.

En la puerta señalada con el número 702 se detuvo, tocó con los nudillos y abrió la puerta sin más, tal como lo habría hecho el propio Botterby. Había dos hombres allí y se levantaron en el acto.

—Señor —dijo Flagstaff.

—Hola —contestó el joven—. ¿Cómo está la paciente?

—Bien, señor. Allí...

Flagstaff señaló con la cabeza hacia el cuarto de baño.

—Esperemos —sonrió el joven.

Ropher permanecía silencioso.

—No ha dicho nada, señor —manifestó Flagstaff.

—Quizá ahora hable, en presencia de su excelencia —contestó Enderby.

—¿Qué? ¿Se la lleva, señor?

—Sí, sargento. Esas son las órdenes que tengo, emanadas del propio presidente.

—Allí hablará menos...

—Sargento, no formule objeciones. A usted y a mí sólo nos toca una cosa: obedecer las órdenes que nos dan —dijo el joven con severidad.

Flagstaff se puso tieso.

—Sí, señor.

La puerta del baño se abrió de pronto. Mary fijó la vista en el recién llegado.

—He oído algo —manifestó—. No pienso hablar, coronel.

—Veremos, señorita Ross.

Enderby avanzó hacia ella.

—Le pondré las esposas para mi propia seguridad —dijo—, ustedes dos se quedarán aquí, por si es necesario encerrarla de nuevo. En caso contrario, ya les llamaré para que se marchen.

—Bien, señor —contestó el sargento.

Enderby puso las esposas en torno a las muñecas de Mary. Luego

se hizo a un lado.

—¿Vamos?

Ella empezó a caminar. Enderby se situó a su lado.

Todo salía a la perfección. Harris, el maquillador, había realizado un trabajo magistral.

De pronto, cuando llegaron junto a la puerta, sonó la voz del sargento:

—¡Alto! ¡Quietos ahí! —gritó.

Enderby se volvió.

—¿Decía, sargento?

—Usted no es el coronel Botterby —Flagstaff sacó su pistola—. Permanezca donde está o le abraso de un tiro.

—Me parece sargento que se está extralimitando...

—Hace años que el coronel no utiliza las esposas electromagnéticas. En cierta ocasión le fallaron con un detenido, que se le escapó, y juró no usarlas más. Desde entonces, sólo emplea esposas corrientes, con llave, como las que se utilizaban en el siglo XIX y aun antes.

Enderby pensó rápidamente. Era un detalle en el que no había caído. Quizá el propio Botterby se lo había ocultado a fin de conseguir el fracaso de su plan. Pero era hombre de fértil ingenio y no tardó en encontrar la solución.

—Sargento, en ocasiones resulta útil quebrantar las normas que uno mismo se impone —respondió—. Podría decirle que he cambiado de opinión y que ahora prefiero esta clase de esposas, pero haremos otra cosa, para que se convenza mejor. ¿Me permite?

Con enorme sangre fría, Enderby fue hacia un teléfono situado en la pared, lo descolgó y pidió a la central comunicación con el director de la clínica.

—Soy el coronel Botterby. Díganle que es muy urgente, por favor.

—Sí, señor.

Enderby dejó el teléfono y se volvió hacia los otros dos sujetos.

Ropher, al parecer, no había tomado partido.

Quizá no conocía tan bien al coronel, se dijo.

El director apareció un par de minutos más tarde.

—¿Coronel?

Enderby sonrió, a la vez que señalaba a Flagstaff.

—Doctor Kopitz, me temo que el exceso de trabajo ha perjudicado gravemente a mi buen subordinado, el sargento Flagstaff. ¡Pues no se empeña en decir que no soy el coronel Enderby!

El médico se echó a reír.

—Vamos, vamos, sargento, ¿qué le hace suponer tal cosa?

—¡El no es! —aulló Flagstaff—. ¡Es un impostor!

—Mal, está muy mal —dijo Enderby, con fingido pesar—. Y lo más

lamentable de todo es que yo soy el culpable, por haberle sobrecargado de trabajo. Se ve que su mente no ha podido resistirlo.

—¡Quietos, quietos todos! —rugió Flagstaff—. Este hombre es un impostor y si alguien se mueve empezaré a disparar…

El director de la clínica estaba preparado contra pacientes furiosos.

Sacó algo parecido a una pluma y disparó un dardo narcótico, que se clavó en la mejilla del sargento.

—¡Desármele, Ropher! —ordenó.

Ropher saltó sobre Flagstaff.

Los dos hombres forcejearon breves instantes.

De pronto, el sargento se desplomó sin conocimiento.

—Será mejor que lo encierre en algún lugar donde no pueda hacer daño a nadie —aconsejó Enderby.

—Por supuesto, coronel. De momento, le someteremos a una cura de sueño…

—Sí, le vendrá bien —Enderby se volvió hacia el otro—. Siga aquí, como había dispuesto antes, hasta nueva orden.

—Bien, señor —contestó el esbirro.

Enderby empujó a la muchacha hacia la salida.

—Me la llevo, doctor; tenemos otros planes respecto a ella.

—Muy bien, coronel, como disponga. Ah, ¿verá a su excelencia?

El joven se quedó sorprendido un instante. Aquella pregunta le pillaba completamente desprevenido.

—Pues… Oh, sí, claro, muy pronto —contestó—. ¿Sucede algo?

El psiquiatra hizo un gesto con la cabeza.

—Dígale que es preciso solucionar cuanto antes la situación del prisionero o no respondo, no ya de su salud mental, sino ni siquiera de su vida.

—¿Está muy mal, doctor?

—Muy mal, en efecto. Si la cosa sigue así, puede morir antes de cuatro semanas.

—Perfectamente. Hablaré con su excelencia y él tomará una decisión al respecto.

—Gracias, coronel.

Momentos más tarde, Enderby y Mary, quien no había despegado los labios un solo instante, embarcaban a bordo del aeromóvil que arrancó de inmediato.

Unos segundos más tarde Enderby puso el piloto automático y, volviéndose hacia la muchacha, manejó el desconectador que cortaba la corriente y permitía la apertura de las esposas.

—Hola, preciosa —saludó alegremente.

Ella le miró durante unos segundos con gran fijeza.

Luego, muy despacio, dijo:

—Así pues el sargento Flagstaff tenía razón.

—Hablé con Botterby y me dio muchos detalles, pero omitió el relativo a las esposas. No sé si lo olvidó o lo hizo adrede, pero el caso es que el asunto ya está solucionado y tú estás libre.

—Es increíble. Te has caracterizado de una forma perfecta —sonrió Mary—. No empecé a sospechar nada hasta que Flagstaff te acusó de impostor. Pero, aun así, no lo acababa de creer. Chuck, por favor, cuéntame todo —solicitó ella.

—Con mucho gusto, encanto.

*

—De modo que tenéis prisionero a Botterby —dijo la muchacha, después de oír las explicaciones que le daba Enderby.

—Sí, en un tétrico castillo medieval abandonado en la actualidad.

—Chuck, ¿qué pasará cuando le echen en falta? Empezarán a buscarlo por todas partes, me parece. ¿O es que piensas dejarlo en libertad para que siga persiguiéndote?

Enderby frunció el ceño.

—A decir verdad, no había pensado en ese problema —contestó.

—Tienes dos salidas: dejarlo en libertad o matarlo.

—Ninguna de las dos es buena —gruñó Enderby.

—Pues algo tienes que hacer. Botterby no puede permanecer indefinidamente ausente de su oficina. Y, me parece, tú no eres hombre capaz de cometer un asesinato a sangre fría.

—Ni de ordenarlo tampoco, muñeca.

—Bien, pues ya puedes empezar a buscar la solución.

Enderby emitió un bufido.

—Te he rescatado de un sitio donde estaban lavándote el cerebro de tal manera que te lo iban a dejar completamente en blanco, y en lugar de agradecérmelo me creas una serie de problemas que no sé si tendrán solución… —el joven elevó la vista al cielo—, ¿por qué se me ocurriría hacer hablar a «Tim»? —se lamentó.

Mary se echó a reír.

—No lo lamentes —dijo—. Al menos sirvió para que nos conociéramos.

Enderby volvió a gruñir.

Pasaron algunos minutos. De pronto, Mary lanzó una exclamación:

—¡Chuck, no puedes hacerlo!

El se volvió sorprendido hacia la joven.

—¿Qué es lo que no puedo hacer? —preguntó.

—El director te dijo que informases al presidente del estado del prisionero. No sé quién será, pero no puedes meterte en la boca del lobo. Con Flagstaff has tenido éxito, pero no puedes decir lo mismo de

un lugar en el que hay docenas de personas que conocen perfectamente al coronel Botterby. Sería muy peligroso, ¿comprendes?

Enderby calló durante unos instantes. Luego, muy pensativo, dijo:

—Tengo que hablar con el presidente. No hay más remedio; el director de la clínica está aguardando la respuesta y, aunque no se extrañaría de un retraso de un día o dos, sospecharía algo si no le dijese nada sobre el tema.

—Entonces hablarás con el presidente...

—Será cuestión de unos minutos. Luego la del humo, guapa.

—No es mala solución —convino Mary.

—Sin embargo hay algo que me preocupa.

—¿Qué, Chuck?

—«Qué», no; «quién», es la palabra adecuada. El prisionero. ¿Sabes?, debe de ser personaje de importancia cuando se ocupan de él nada menos que el director y Botterby.

—Sí, parece lógico.

—Y convendría averiguar la identidad de ese prisionero, porque, de este modo, podríamos hacerles presión. No sé para qué, la verdad.

—Yo te lo diré —contestó Mary—. Para que Zilliani rompa un tratado que está a punto de convertir la Tierra en una colonia de Krootx. Y por dicha razón llegamos aquí mis compañeros y yo.

Enderby meditó sobre las palabras que acababa de escuchar. Luego, resuelto, contestó:

—Está decidido. Veré a Zilliani lo antes que me sea posible.

CAPITULO XI

Entró con paso firme y en el antedespacho divisó un rostro conocido.

El capitán Troilo se quedó con la boca abierta al verle. Enderby hizo una seña con la mano.

—Capitán, venga a mi despacho. Quiero hablar con usted.

—Sí..., sí, señor...

Enderby cerró la puerta después de que Troilo hubo cruzado el umbral. Vio que el oficial tenía un miedo espantoso y contuvo una sonrisa.

—Egon, ¿quién soy yo? —preguntó.

—Coronel... Je, qué buen humor tiene usted...

Enderby agarró a Troilo por un brazo y se lo llevó a un rincón.

—Egon, está equivocado. Soy Enderby —dijo, con su tono de voz habitual.

Los ojos de Troilo se desorbitaron.

—No... Oh, es una caracterización fantástica...

—Botterby está a buen recaudo. Por ahora, yo ocupo su puesto. No pensará en traicionarme, ¿verdad?

—No, claro que no..., pero es un asunto muy arriesgado... Alguien puede descubrir la superchería...

—No lo creo, aunque es preciso contar con esa eventualidad. Sin embargo, aún disponemos de cierto tiempo y debemos aprovecharlo. Capitán, ¿quién es el prisionero que hay en la clínica? Debe de tratarse de un personaje de mucha importancia.

—No lo sé, señor. He oído hablar algo de él, pero muy poco. Es un caso que llevan personalmente el presidente y el coronel Botterby.

—Y el director de la clínica.

—Ah, sí, el doctor Kopitz. Quizá sepa algo también el embajador Vood, pero creo que son los únicos que conocen a fondo el asunto.

Enderby reflexionó durante unos segundos.

—Si rescatásemos a ese prisionero podríamos hacer presión sobre el presidente...

—¿Por qué no va usted directamente a verle en la clínica? —sugirió Troilo.

—El caso es que vengo de allí —sonrió el joven—. Y no puedo volver sin una respuesta de su excelencia.

Troilo extendió los brazos.

—Lo siento —dijo—. No sé qué puedo hacer para ayudarle en este asunto.

—Bien —suspiró Enderby—, en tal caso, sólo me queda una

solución. Voy a entrevistarme con el presidente en persona.

—Chuck, tenga cuidado... No cometa ninguna imprudencia. El presidente tiene una pluma que lanza dardos envenenados, capaces de matar a una persona en diez segundos. Si sospecha lo más mínimo, le matará.

—Lo tendré presente. Gracias, Egon.

—Oiga, una pregunta, por favor. ¿Ha visto a Flagstaff? Ese sí que es un sujeto peligroso. Tengo motivos para asegurarlo...

Enderby se echó a reír.

—Flagstaff está ahora con una camisa de fuerza. ¡Se empeñó en decir que yo era un impostor!

Troilo rió también.

—La verdad es que se ha caracterizado usted de forma prodigiosa —dijo.

—Eso me tranquiliza. Zilliani no notará el truco..., hasta que sea demasiado tarde. Voy a ver si me recibe inmediatamente.

—Dígale que le trae un mensaje del doctor Kopitz. Eso le hará dejar a un lado cualquier otra visita.

—Sí, es una buena idea. Gracias, Egon.

*

—De modo que Kopitz tiene malas noticias sobre el prisionero.

—Sí, excelencia —contestó Enderby, rígido como un poste en presencia del presidente de la Tierra.

Hubo un largo silencio. Zilliani se paseaba por el vasto salón en donde había recibido al joven. De cuando en cuando, se detenía para picotear de un racimo de uvas que había en un enorme frutero, situado sobre una mesa hecha de un ágata de una sola pieza.

—Y está aguardando mi decisión —dijo Zilliani al fin.

—Sí, señor.

De pronto, Zilliani se detuvo y, apoyando ambas manos en la mesa, miró fijamente al joven.

—Coronel, diga a Kopitz que el prisionero debe morir —ordenó.

Enderby procuró mantenerse impasible.

—Se lo diré, excelencia.

—Y asegúrese de que se cumpla mi orden.

—Sí, señor.

Zilliani movió una mano.

—Después, naturalmente, el prisionero será incinerado. No debe quedar de él el menor rastro.

—Es lógico, excelencia.

—Estoy harto de Vood —dijo Zilliani repentinamente—. Actúa aquí como un virrey, como si la Tierra fuese una colonia de su

maldito planeta. El no quiere que el prisionero muera, pero yo tengo otras ideas al respecto. No soy una marioneta que se mueve cuando Wood tira de los hilos, ¿me comprende, coronel?

—Estoy completamente de acuerdo con su excelencia —dijo el joven, impertérrito.

—Vood se enfadará, ya me lo imagino, pero tendrá que aceptar los hechos consumados.

Zilliani sonrió de pronto.

—Coronel, usted me ha servido siempre con absoluta fidelidad dijo más calmado—. Cumpla la orden que le he dado. A su regreso, le esperan los entorchados de general. Creo mi deber recompensar a los que me sirven fielmente.

—Siempre seré su más fiel y leal servidor —mintió Enderby descaradamente.

—Gracias, coronel. Entonces vaya y ocúpese del prisionero.

Enderby se llevó la mano a la sien.

—¡A la orden de su excelencia!

*

Mary aguardaba en un lugar convenido. Enderby se reunió con ella una hora más tarde.

—Tengo que matar al prisionero —dijo él.

Mary se espantó.

—No pensarás hacerlo —exclamó.

—Claro que no, tonta. Al contrario, lo pondré en libertad y... Bien, ese individuo será una palanca para actuar contra Zilliani y su ángel malo, el embajador de Vood. Lo extraño es que Vood quiere respetar la vida del prisionero. No lo entiendo, francamente.

—Bueno, pronto saldrás de dudas, me parece. ¿Cuándo piensas volver a la clínica?

—Ahora mismo. No puedo perder ya tiempo.

—¿Quieres que te acompañe?

—Oh, no, sería comprometedor. Oficialmente estás prisionera, ¿lo recuerdas?

—Es cierto, Chuck.

—Te llevaré con los otros. Yo iré a buscaros más tarde.

—De acuerdo.

Unos minutos después, el aeromóvil se posaba frente a la explanada situada ante el castillo cinematográfico. Smith salió a recibirles.

—Todo bien por aquí... ¡Mary, qué alegría! —exclamó, al ver a la muchacha. Ella se apeó.

—Tengo que quedarme con vosotros —dijo.

Enderby asomó por la ventanilla de su lado.

—Pedro, ¿qué tal el prisionero?

—Muy tranquilo, Chuck —respondió el interpelado.

—No lo descuidéis un solo instante. Es un hombre muy astuto y, por tanto, peligroso.

—Descuida, no te preocupes.

—Está bien. Mary, pronto tendrás noticias mías.

Ella sonrió.

—Ten cuidado, Chuck.

Enderby asintió.

—Yo era sólo un timador y ahora me veo metido de lleno en un asunto de alta política, —se lamentó—. Me pregunto qué voy a salir ganando con todo esto...

—Hay una cuenta corriente muy interesante en el banco, Chuck —dijo Smith sonriendo maliciosamente.

—Espero poder disfrutar de una parte de ese dinero —contestó el joven.

—Chuck, ¿no hay para ti nada más importante que el dinero? —preguntó Mary.

Enderby sonrió.

—Tal vez, pero aún es pronto para saberlo —contestó, evasivo. Y accionó los mandos del aeromóvil, para despegarse del suelo a toda velocidad.

*

Okhar Vood contempló estupefacto al hombre de rostro desencajado y ropas desordenadas que se le había presentado momentos antes, exigiendo hablar con él a grandes gritos. Flagstaff había arrollado a los secretarios de la embajada y, sin hacer caso de sus protestas, se había colado en el despacho del propio embajador de Krootx.

Vood, por su parte, conocía bien al sargento y se dio cuenta de que algo importante sucedía, cuando Flagstaff acudía a él, en lugar de dirigirse directamente a su superior.

Pronto tuvo la explicación.

—El coronel está secuestrado en alguna parte, señor—dijo el sargento, terriblemente excitado—. Allí fue un hombre, muy bien disfrazado, pero yo logré desenmascararlo...

—Flagstaff, ¿trata de decirme que ha estado hablando con un doble de Botterby?

—Sí, señor. Pero no puede detenerlo.

—¿Por qué?

—El impostor llamó al doctor Kopitz y éste me dio un narcótico y

luego hizo que me pusieran una camisa de fuerza. Por suerte, soy muy resistente a los hipnóticos y no dormí un cuarto de hora siquiera. Soy muy fuerte y pude romper mis ligaduras.

—Me asombra que haya venido a verme a mí, en lugar de dirigirse a otro sitio —dijo Vood.

—El impostor puede hallarse en su oficina. Si se presentó allí directamente, quizá ordene que me maten... ¡Liberó a la prisionera, excelencia!

Vood lanzó un espantoso juramento en su idioma nativo. Luego se encaró con su visitante.

—Sargento, ¿cree que ese impostor es capaz de engañar al presidente?

—Seguro, señor.

Vood empezó a maldecir de nuevo. No sabía quién era el impostor, pero debía de tratarse de un hombre sumamente astuto. Incluso era capaz de conseguir averiguar lo que sucedía con el prisionero. Y si era así, todos los planes, tan cuidadosamente trazados, fracasarían por completo.

—Espere un momento —dijo al cabo.

Vood fue hacia el videófono y marcó el número que haría funcionar la línea directa y reservada con el presidente. A los pocos segundos, apareció en la pantalla la imagen de Zilliani.

—Hola, embajador —saludó el presidente con aire chancero. —¿Alguna novedad?

—Sí, excelencia —contestó Vood, que a duras penas conseguía dominar su ira—. ¿Ha recibido su excelencia, por casualidad al coronel Botterby?

—Sí, hace unos minutos que se fue. Estuvo conmigo y... ¿Por qué lo pregunta, embajador?

—Era un impostor.

Zilliani abrió la boca, estupefacto.

—Oh, no... —Rió con fuerza—. Conozco muy bien a Botterby...

—Ese impostor ha puesto en libertad a la prisionera. Acabo de recibir la noticia y por medio de una fuente que no me permite dudas al respecto.

Zilliani lanzó un atroz juramento.

—Y yo que acabo de ordenarle...

—¿Qué, presidente?

—La salud del prisionero es muy mala, pero se puede recuperar a condición de que cesen sobre él las presiones psíquicas. Como eso no se puede hacer, he ordenado que lo mate. Ya ha pasado el tiempo suficiente para que nadie pueda descubrir la verdad.

—Condenado estúpido —bramó Vood—. Es lo peor que podría haber hecho...

—Embajador, olvida con quién está tratando —gritó Zilliani.

—Estoy tratando con un imbécil que no sabe distinguir su mano derecha de la izquierda. Pero eso lo arreglaré yo rápidamente, puede tenerlo por seguro.

—Vood, ¿qué diablos piensa hacer?

El embajador no contestó; ya había cortado la comunicación. Volviéndose a Flagstaff, dijo:

—Vámonos a la clínica inmediatamente; es preciso evitar que el impostor mate al prisionero.

—Yo diría que intentará rescatarlo.

—Tan mala cosa sería su muerte como su rescate. ¡Vamos!

Los dos hombres se dirigieron hacia la puerta. Antes de salir, el sargento se volvió hacia Vood.

—Señor, Ropher está allí. Podríamos avisarle…

—No. ¿Sabemos acaso si no está de acuerdo con el impostor?

Era un argumento lógico. Flagstaff no insistió.

Momentos después, el aeromóvil, pilotado por el propio embajador, despegaba a toda velocidad rumbo a la clínica psiquiátrica.

Casi al mismo tiempo, Zilliani subía a otro aeromóvil, pilotado por un miembro de su guardia personal.

Troilo lo vio y trató de comunicarse con Enderby, pero el joven, a fin de evitar compromisos, había cerrado la radio y no captó las desesperadas llamadas que le hacía el oficial.

CAPITULO XII

El doctor se sintió muy asombrado al ver de nuevo al coronel Botterby.

—¿Usted aquí otra vez? ¿Sucede algo especial? —preguntó.

—En efecto. Me envía el presidente. Traigo órdenes especiales suyas

—¿Puedo saber cuáles son esas órdenes?

—El presidente ha sido informado del estado de salud del prisionero.

—Y desea que se le aplique una terapia curativa...

—No es eso lo que desea exactamente, doctor.

Kopitz asintió.

—Creo que le comprendo, coronel —dijo.

Se puso en pie, fue hacia un armario y sacó una caja de metal de forma alargada y se volvió hacia el joven y sonrió.

—Esto solucionará el problema —aseguró.

—Una inyección, ¿eh?

—Sí. Mortal en treinta segundos, aunque indolora.

—Tiene usted un espíritu compasivo digno de todo encomio, doctor —sonrió el joven—. El cuerpo será incinerado después.

—Oh, lo hará Ropher. Es un experto en incinerar cuerpos. El último fue el de un espía... Enderby sintió náuseas al oír hablar así a un hombre del que se suponía estaba allí para curar a los enfermos y no para asesinarlos. «Ya te ajustaré las cuentas después», pensó.

—Muy bien, vamos allá —dijo.

Kopitz salió de su despacho y caminó a lo largo del corredor. Al llegar al final, Enderby se sintió extrañado porque veía que se acababa el pasillo. Pero Kopitz tocó un resorte y el supuesto tabique en que concluía el corredor se deslizó a un lado, dejando a la vista una escalera que conducía a un piso superior.

Allí, se dijo, debían de guardar a personas de importancia a las que convenía de todo punto mantener ocultas. Aquella clínica era, en realidad, un antro siniestro, cuya destrucción interesaba sobre todas las cosas.

Sefton Mix había estado a punto de saber la verdad, pero no había podido completar su obra. Los agentes de Vood habían demostrado ser mucho más inteligentes. Sin embargo, no habían contado con la intervención de un terrestre.

Aquél era un juego en el que los naturales del planeta eran meros espectadores, como esclavos en que se habían convertido de Krootx, sin tener conciencia de situación. Ahora por fin, se dijo, iba a

encontrar la solución para el enigma.

Kopitz se detuvo ante una puerta de metal y apretó el resorte que le hacía deslizarse a un lado. Enderby cruzó el umbral después del médico y se detuvo en seco al ver al hombre sentado en un sillón.

El prisionero tenía un casco puesto sobre la cabeza. Había cables que iban del casco a la pared y estaba sujeto al sillón por unas correas que lo inmovilizaban de una forma absoluta.

Estaba muy pálido y había enflaquecido horriblemente, pero, a pesar de todo, Enderby lo reconoció.

De pronto, con el rabillo del ojo, vio a Kopitz que se disponía a preparar la inyección. El médico empujaba suavemente el émbolo de la jeringuilla para hacer salir el aire del interior de la misma.

—Doctor —dijo de pronto.

—¿Coronel?

—¿Tendría inconveniente en que me encargase yo personalmente de la..., operación —solicitó el joven amablemente.

—Oh, ninguno, al contrario, será un placer.

—Gracias, doctor.

La jeringuilla pasó a manos de Enderby en el acto. De pronto Kopitz sintió que la punta de la aguja se apoyaba en su cuello.

—Doctor, suelte inmediatamente a ese hombre o lo mato aquí mismo —ordenó el joven con voz cortante. Agarró el sujeto con la mano izquierda, tirándole de los cabellos, y lo empujó hacia el sillón —. Si quiere vivir, haga lo que le he dicho, ¿estamos?

Kopitz se aterró.

—Coronel, ¿se ha vuelto loco? —gritó.

—En este lugar, lo ilógico es estar sano mentalmente —rió el joven —. Pero no, no estoy loco. No soy tampoco Botterby, aunque mi verdadera identidad no debe preocuparle en absoluto. ¡Desátelo!

Kopitz alargó sus manos temblorosas hacia las hebillas que sujetaban las correas.

—No entiendo nada... —gimió.

—Tampoco yo —dijo Enderby—. ¿Qué diablos significa este casco en la cabeza del prisionero?

—E... Bueno..., así..., se le extrae información instantánea... Es una especie de conexión directa con su mente.

—Lo cual significa que si el impostor se halla en un apuro para recordar algo, se comunica telepáticamente con el prisionero.

—Sí.

—Pero el impostor no lleva casco.

—Lo tiene cubierto por el falso cabello.

—Ah, ya entiendo. Bueno, suéltelo.

El prisionero quedó libre segundos después. El casco fue a parar a un rincón. Enderby hizo que Kopitz se retirase al rincón más alejado y

luego se inclinó hacia el hombre que ya empezaba a dar señales de vida.

—Zilliani, ¿cómo se encuentra? —preguntó.

El prisionero abrió la boca.

—Muy cansado… —contestó—. No sé que me ha sucedido…

Repentinamente, se oyó un poderoso grito en el umbral.

—¡Alto ahí! ¡Apártese de ese hombre inmediatamente!

Enderby no se entretuvo en razonar acerca de los motivos por los que el sargento Flagstaff había aparecido tan oportunamente. Todavía tenía la jeringuilla en la mano y era su única arma.

Giró velozmente cuando todavía Flagstaff no había terminado de hablar y lanzó la jeringuilla con todas sus fuerzas, como si fuese un dardo de juego. La aguja alcanzó su blanco y penetró profundamente en el pecho de Flagstaff. Por la propia inercia, el émbolo avanzó al detenerse el conjunto y lanzó al torrente sanguíneo un chorro de líquido mortífero.

Flagstaff blasfemó horriblemente y se arrancó la jeringuilla con una mano, arrojándola a un rincón. Luego levantó su pistola.

—Maldito…

Enderby no se había quedado quieto. Saltó hacia adelante, golpeó la mano armada del sargento y la pistola fue a parar a un rincón. Luego le asestó un tremendo empellón, arrojándolo contra el sujeto que estaba tras él.

Flagstaff y Vood rodaron por el suelo en confuso montón. El embajador, profiriendo horrorosas maldiciones, apartó el cuerpo que tenía encima y gateó en busca de la pistola.

El falso Zilliani apareció en aquel momento.

—¡Quietos todos! —gritó.

Vood había recuperado el arma y apuntó hacia el joven, pero Enderby se agachó. El impostor dio un paso.

—¡Vood! ¿Se ha vuelto loco!

Sonó otro estampido. El falso Zilliani, alcanzado de lleno, dio un salto tremendo y rodó por tierra.

Kopitz en un rincón, contemplaba la escena, lleno de pánico. Enderby lanzó un gruñido y, antes de que el asombrado Vood pudiera recuperarse, le asestó un terrible puntapié en el antebrazo.

Se oyó un horrible chasquido. Vood lanzó un espantoso alarido y cayó a un lado, desmayado a causa del dolor que le producían los huesos rotos.

En aquel instante, Troilo se hizo visible.

—¡Rayos, vaya una carnicería!

—No todos están muertos —corrigió Enderby—. Pero por lo menos, dos de ellos sí se lo merecían.

Se acercó a Zilliani y le ayudó a ponerse en pie.

—Señor presidente, está usted libre —anunció.

Zilliani trató de mostrarse firme.

—Coronel, nunca olvidaré su acción...

Enderby se echó a reír.

—No soy coronel ni cosa que se le parezca, aunque eso tiene ahora muy poca importancia. Egon, ¿quieres hacerte cargo de su excelencia?

—Con mucho gusto —respondió Troilo.

—Doctor, venga —llamó al joven.

Kopitz se acercó temblando.

—Yo..., ellos me obligaron...

—Será mejor que no se busque disculpas; nadie le creerá. Ande, atienda a su amigo el embajador, lo está necesitando.

Enderby se inclinó y recogió la pistola. Al salir miró a Troilo.

—Voy en busca de Ropher —dijo—. Espero que no me oponga resistencia. Troilo asintió.

—Vivo puede resultar un testigo interesante —manifestó.

—Procuraré que hable —respondió Enderby, a la vez que echaba a andar a lo largo del corredor.

*

Seguido por Troilo, Enderby llegó al calabozo donde estaba Botterby y abrió la puerta. Aunque era de decoración, la mazmorra era lo suficientemente sólida para retener allí a un prisionero.

Troilo puso las esposas en las muñecas del prisionero. Botterby, anonadado, no tenía fuerzas para protestar. Sabía ya lo ocurrido y podía imaginarse fácilmente cuál era el futuro que le aguardaba.

Enderby se reunió después con sus amigos.

—El presidente se recupera rápidamente —dijo—. En pocos días, estará como nuevo.

—¿Va a seguir ocupando el puesto? —preguntó Peggy.

—Es un desaprensivo y un cínico —calificó Marcia.

—Pero es el presidente —respondió Enderby.

—Si mal no recuerdo, tú apoyabas a Ogden.

—Que es un hombre honesto y capaz.

—Chicas, yo no tengo poder para destruir a un hombre legalmente elegido por el pueblo. Constitucionalmente, Zilliani es el presidente. Si creen que su tarea ha violado las leyes, que se encarguen de él los delegados. Pero, además, Peggy, si mal no recuerdo, tú eres la que lo defendía, diciendo que no podía hacer las cosas que pasaban...

Peggy enrojeció.

—Bueno, pero...

—Zilliani fue secuestrado y otro ocupó su puesto, un nativo de Krootx, quien, al fin, llegó a confundir la realidad con la ficción y se

creyó era el auténtico presidente de la Tierra. Todo lo que ha ocurrido en los últimos tiempos fue obra del impostor y de los embajadores de Krootx, en especial de Vood. Zilliani es inocente y, si cree que no debe continuar ocupando el puesto, dimitirá. Lo demás ya no es cuenta nuestra.

Peggy se volvió hacia Grant.

—¿Qué dices tú, Sammy?

—Chuck tiene razón —contestó el aludido—. Lo que suceda a partir de ahora es…, asuntos internos de tu planeta.

—Nosotros fuimos enviados para evitar la expansión imperialista de Krootx —agregó Smith—. Se sabía que algo se tramaba y tratábamos de evitarlo.

—¿No pretenderéis ahora imponer vuestras condiciones? —preguntó Enderby, receloso.

—No en absoluto —repuso Mary, enfática—. Krootx pretendía romper el equilibrio político, convirtiendo la Tierra en su colonia. Naturalmente no podíamos consentirlo.

Y ahora, me imagino, os volvéis a Lhaxold.

Mary vaciló un poco. Luego se volvió hacia sus compañeros.

—¿Qué opináis, chicos?

Smith agarró a Marcia por el talle.

—Enviaré mi dimisión por espaciograma urgente —contestó.

—Ya son dos las dimisiones —añadió Grant, con la mano de Peggy en la suya.

Mary sonrió.

—Creo que no puedo dejaros en mal lugar —dijo. Y se volvió hacia Enderby—. Chuck, ¿qué opinas? ¿Dimito o me marcho?

Enderby se inclinó hacia el perro.

—«Tim», ¿qué contestas?

—¡Que se quede, hombre! —dijo el can.

—¿Lo has oído, Mary?

—Sí, Chuck. Me quedo.

Enderby tendió las manos hacia la muchacha y ella hizo lo mismo.

—Alguien dijo una vez que el Cosmos era infinito —exclamó el joven alegremente—. No estoy de acuerdo. ¡Es tan pequeño!

*

Algunos días más tarde, Zilliani pronunció un mensaje televisado y anunció la supresión de gran parte de los controles impuestos por un falsario que había tomado su lugar, apoyado por una potencia planetaria de ambiciones imperialistas. Anunció también el restablecimiento de las libertades públicas y finalizó así su discurso:
—El Cosmos es inmenso, pero no infinito, puesto que las diferentes

razas que lo pueblan tienen ocasión de encontrarse e intercambiar conocimientos de todas clases, así como deben establecer relaciones políticas, culturales y comerciales. Porque todos somos iguales y el avasallamiento de los pueblos por otros que se creen superiores es una injusticia que los seres libres no pueden ni deben tolerar. Nos relacionaremos con todos los pueblos del Cosmos que quieran ser nuestros amigos, pero estaremos vigilados para que nadie trate de subyugarnos por la fuerza ni permitiremos la pérdida de nuestra libertad e independencia. ¡Que Dios bendiga a todos los habitantes de la Tierra!

—Amén —dijo Enderby.

—Un magnífico discurso —calificó Mary.

Estaban sentados en un diván, frente al televisor. Ella tenía apoyada la cabeza en el hombro del joven. «Tim» dormitaba sobre la alfombra.

De pronto, Mary pareció recordar algo y se puso en pie de un salto.

—¡Chuck, debo enviar el informe de la misión! —exclamó.

—¿Tardarás mucho? —preguntó el.

—Oh, no, volveré muy pronto.

—Te espero. Hemos de ir a sacar la licencia de matrimonio.

Ella se volvió desde la puerta y sonrió dulcemente.

—La verdad, este planeta es maravilloso —contestó.

*

INFORME SOBRE LA MISION CLAVE T.S.W.40/12, DIRIGIDO AL PRIMER JERARCA MAXIMO, POR EL AGENTE S.K.19 Y EN NOMBRE Y REPRESENTACION DE LOS AGENTES A.B.70 y T. X.44.

1. ° - El agente que firma el presente informe lamenta tener que anunciar la muerte del agente Q.E.09, ocurrida en circunstancias que excluyen por completo toda sospecha de connivencia con enemigos. El firmante considera la rehabilitación del mencionado agente, cuya labor sentó las bases para un satisfactorio cumplimiento de la misión asignada. El firmante estima también que la memoria del heroico agente citado debe ser honrada de algún modo que esa Jerarquía, sin duda, sabrá hallar a satisfacción de todos.

2. ° - El firmante informa que la misión asignada fue realizada de un modo totalmente satisfactorio y en completo acuerdo con las instrucciones complementarias recibidas.

3. ° - El firmante tiene el honor de informar hallarse próximo a contraer matrimonio con un nativo del planeta designado en clave

como E.I.L.85/31, situación en la que igualmente se encuentran los otros dos agentes ya citados.

4. ° - Debido a lo expuesto en el punto 3.°, los agentes mencionados en el presente informe ruegan se les exima de la obligación de regresar para informar personalmente. No obstante, de interesarlo así la Jerarquía, estarían dispuestos a realizar el viaje, después de los de bodas, según costumbre en este planeta.

5. ° y último - Al presente informe se adjunta copia del estado de cuentas monetarias, así como del material e instrumentos utilizados durante la misión, confiando en que la Jerarquía de Finanzas y Pertrechos apruebe dichos estados.

Firmado,
Agente S.K.19

Postdata:
A partir de la tarde del día de hoy, el nombre del agente que firma el presente informe será el de Mary Enderby.

FIN